

# Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

# La campana

Brigitte se desplaza a un pueblo de Francia, Saint Honoré, a solicitud de su amigo del Deuxième Bureau, *Monsieur* Nez.

Allí se enfrentará a un antiguo criminal nazi que, por algún oscuro designio, robó la campana mayor del pueblo, y ayudará a los habitantes del mismo a recuperarla.



Lou Carrigan

# La campana

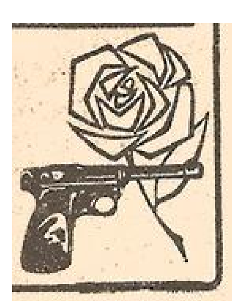
## Brigitte en acción - 036

**ePub r1.0**
**Titivillus** 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

# Brigitte EN ACCION



# Capítulo Primero

Frank Minello la estaba esperando en la puerta principal del edificio del Morning News, y bajó corriendo la escalinata cuando Brigitte detuvo su coche, llegando a tiempo para abrirle la portezuela.

—¡Ha llegado Brigitte! —exclamó—. ¡Ha llegado mi amor! ¡Quiero un montón de besos! Brigitte se apeó, sonriendo cariñosamente al atlético cronista deportivo.

—Siempre tan tonto, Frankie —reprendió—. Pero me alegro de verte.

—¿Eso es todo? —protestó Minello—. ¿Y los besos?

Brigitte se echó a reír, mientras se abrazaba al cuello de Minello. Le dio un beso en cada mejilla, uno en la barbilla, y el último en los labios.

—¿Satisfecho? —inquirió la divina—. ¿O quieres…? ¡Frankie! ¡¿Qué te ocurre, Frankie?!

Minello se había arrugado sobre sí mismo, como muerto, deslizándose de los brazos de Brigitte al suelo. Quedó tendido sobre el pavimento, con los ojos en blanco, y Brigitte, asustada, se arrodilló junto a él.

—¡Frankie! —gimió—. ¿Qué tienes, qué te ocurre?

Minello parpadeó, miró a Brigitte, y le hizo un guiño.

—Me he desmayado de placer —dijo.

Brigitte se mordió los labios y frunció el ceño.

—Eres… eres… —De pronto se echó a reír—. ¡Eres el tipo más tonto que jamás conocí, Frank! ¡Ahí te quedas!

Se incorporó, subió la escalinata…, y Frank Minello llegó a tiempo para abrirle la gran puerta de cristal, mientras se llevaba la mano a la boca con el gesto de quien sostiene una corneta.

—¡Tatatíiiii! —gritó—. ¡Ha llegado Brigitte! ¡Abran paso los esclavos! ¡Que traigan un millón de flores! ¡Que…!

Brigitte lo aceptó todo con resignación. Hasta la llegada al

despacho de Miky Grogan, Minello fue tocando la corneta por todas las secciones y pidiendo agasajos para la «reina», a la cual precedía por todos lados abriendo puertas, manejando ascensores, apartando a sonrientes compañeros…

También fue él quien abrió la puerta del despacho de Miky Grogan, gritando a pleno pulmón:

—¡Abajo el tirano! ¡Viva la nueva reina!

Grogan había dado un salto en su sillón, sobresaltado, pero inmediatamente vio a Brigitte y corrió hacia ella con las manos tendidas para tomar las que Brigitte le tendía.

—¡Querida mía, me siento feliz…! ¿Todo va bien? ¿Recibió mi telegrama en Niagara Falls[1]?

—¿No recibió usted mi respuesta?

—Ah, sí, sí…

—Entonces es que recibí el suyo, ¿no? ¿Dónde están el champán y las guindas?

—Vaya un modo de llegar —refunfuñó Grogan.

—¡A mí me ha besado! —aulló Minello—. ¡A mí me ha besado! ¡Viva la reina!

Brigitte se echó a reír, mientras Grogan miraba hoscamente al deportista y gruñía:

—¿No tienes nada que hacer por ahí, Frank?

—Oiga, tío listo, si lo que quiere es alejarme de Brigitte será mejor que lo olvide, ¡yo no me voy de aquí sin ella!

—¡Ve a tu trabajo!

—¡Mi trabajo es amar a Brigitte! ¡Viva la reina!

—Frank, tienes tres segundos para…

Brigitte interrumpió la discusión. Se había sentado en el borde de la gran mesa de Grogan, según costumbre. Y según costumbre sus piernas lucían sensacionales.

—Queridos, no discutan. Bebamos una copa de champán, charlemos un poco, y luego regresará Frank a su trabajo y yo buscaré algo que hacer en este presidio… ¿Okay, cariños?

—Okay —asintió Minello—. Por mí podemos fumar la pipa de la paz.

Grogan pareció a punto de decir algo, pero optó por dirigirse hacia el mueble frigorífico. Lo abrió, sacó una botella de champán, y un recipiente del más fino cristal con cerezas en compota. Luego

sacó dos copas y lo llevó todo a la mesa.

—¿Solo dos copas? —sonrió Brigitte.

—¡Viva la reina! —gritó Minello.

Y Grogan tuvo que sacar la tercera copa, para el deportista, que ya estaba descorchando la botella… El tapón pasó rozando las narices de Grogan, que respingó fuertemente mientras Brigitte se echaba a reír tendiendo su copa hacia el surtidor de champán. Luego cogió una guinda y la echó en el burbujeante líquido. Y finalmente, ante las ávidas miradas de Grogan y Minello, se chupó los dos dedos, sonriendo angelicalmente.

—Chinchin —brindó—: a mi salud, queridos.

Minello escanció rápidamente champán en las otras dos copas, y los dos se apresuraron a brindar con gran y sincero entusiasmo por la salud de Brigitte Montfort, el monumento número uno del mundo.

—¡Viva la reina! —vociferó Minello.

—¿Te quieres callar ya? —masculló Grogan—. Vas a dejarnos sordos con esos berridos.

Minello bajó la voz, pero dijo:

—Viva la reina…

Brigitte volvió a reír y le tiró un besito a Minello con la punta de los dedos, con lo cual solo consiguió que el champán se vertiese en la camisa del cronista deportivo. Entonces Grogan se echó a reír también, y todos estuvieron contentos y felices.

—Es usted adorable, Brigitte —aseguró Grogan—. ¿Me trae los artículos?

—¿Qué artículos?

—Querida, ¡los de la serie de su última aventura en Canadá!

—Ah. No, no los traigo. Todavía no los he escrito.

Miky Grogan enrojeció de pura rabia. Señaló la mesita auxiliar en la que había una máquina de escribir.

—¡Pues ya está empezando ahora mismo a…!

Brigitte frunció el ceño al tiempo que movía un dedo en gesto negativo.

—Aha, jefe… Esa no es manera de decirle las cosas a la reina. ¿Verdad, Frank?

—¡Verdad! ¿Quieres que le rompa unos cuantos huesos, reina mía?

—Le condenaremos solamente a decir las cosas con cariño... Le escuchamos, querido jefe.

Miky Grogan se tragó de golpe la bilis, y señaló delicadamente la mesita auxiliar con la máquina de escribir.

—¿Será tan amable y obsequiosa Su Alteza? ¿Puede atender el ruego de este humilde vasallo y escribir unos articulitos de nada? ¿Puede este miserable esclavo tener alguna esperanza de que Su Alteza La Divina Brigitte le dé con los deditos a las teclas para proceder a la creación de sus magistrales y majestuosos artículos?

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¡Vaya pico de oro! A mí nunca me ha hablado así...

—Porque tienes las piernas más feas que yo —dijo Brigitte.

—Je, je... ¡Je, je, je!

Grogan volvió a señalar la máquina de escribir.

—Su Alteza dispone de papelito, maquinita, diez hermosos deditos y una inteligente cabecita... ¡Maldita sea, a trabajar todo el mundo! ¡Frankie, fuera de aquí! ¡Brigitte, a la máquina!

—Galeote, al remo —suspiró Brigitte—. De acuerdo, Gran Ogro, le escribiré esos artículos. ¿Tienes algún compromiso para esta noche, Frank?

Los ojos de Minello se desorbitaron.

—¿Com... compromiso...? Nnnoooo... Claro que no. ¡Y aunque lo tuviese lo dejaría todo por ti!

—Magnífico. Tendrás que ir a recoger un gran baúl que he traído de Niagara Falls.

Miky Grogan rompió a reír con todas sus fuerzas al ver el gesto consternado de Frank Minello, que dejó caer los hombros, con gesto de derrota.

—Solo te sirvo de maletero —se lamentó—... ¿Se quiere callar, maldita sea? ¡No ría más, o de una torta lo envío a... a...!

Miky Grogan quedó serio de pronto. Se rascó la nariz, miró hacia su mesa, fue allá, y revolvió algunos papeles hasta dar con un sobre, que mostró en alto.

—Llegó una carta para usted, Brigitte. De Francia... Lleva matasellos de París.

—¿De veras? —exclamó la divina—. ¡De París!

—Seguro que es de un admirador —dijo Minello.

Brigitte estaba examinando el sobre. En efecto, el matasellos era

de París. Pero en la solapa no había ningún nombre, ninguna seña del remitente. Y la dirección era simple: Brigitte Montfort, Morning News, New York City, USA.

La abrió, sacó el papel que contenía, y lo leyó rápidamente. Parpadeó, lo volvió a leer, lo dobló, y lo guardó en su bolsito. Saltó de la mesa y dijo:

—Señores, me marcho.

—¿Cómo? —farfulló Grogan—. ¿Qué demonios está diciendo?

—Escribiré lo de Niagara Falls cuando vuelva. O mejor aún: lo escribiré en París y se lo enviaré. Aunque no sé si escribir lo que ocurrió en Canadá, francamente, pues es demasiado comprometido para mí, y son… interioridades de espionaje que no me parece muy prudente poner en conocimiento del público. Bueno, me voy.

—¡No puede irse a Paris ahora!

—¿No? ¿Por qué?

—¡Se lo prohíbo terminantemente!

Brigitte sonrió con aquella deliciosa muequecita inimitable, y descolgó el auricular del teléfono de línea directa con el exterior.

Marcó un número tras unos pocos segundos de reflexión, y tras brevísima espera inquirió:

—¿Air France?

—…

—Quiero un pasaje para el primer vuelo directo a París. ¿A qué hora sale el avión?

—…

Brigitte miró su relojito y movió la cabeza.

—Demasiado precipitado. ¿Y el siguiente…? Ah, perfecto. Tomaré ese vuelo… Brigitte Montfort. No, no, yo misma lo recogeré en el aeropuerto.

—Gracias… Adiós.

Colgó, apuró el champán, dejó la copa, se echó directamente a la boca otra guinda, volvió a chuparse los deditos, y miró a los petrificados Grogan y Minello.

—¿No van a desearme feliz viaje? —sonrió.

* * *

A la salida del aeropuerto de Orly un taxista se aproximó a la

pasajera recién llegada a Francia.

—¿Señorita Montfort?

—Sí.

—He sido encargado de llevarla al hotel donde se le ha reservado una *suite*. Me han indicado que le diga que en esta ocasión no conviene que se aloje en el Grand Hotel. Pero estará contenta del que hemos elegido… Por aquí, por favor. ¿Me permite su maletín?

—No. Yo lo llevaré.

—Como guste.

El taxista la condujo hasta donde esperaba el vehículo, abrió la portezuela, esperó a que ella se acomodase, y pasó ante el volante. Pocos segundos después abandonaban las instalaciones del aeropuerto parisino.

Y el taxista volvió a hablar entonces.

—Almorzará usted en el hotel. Luego descansará unas horas. A las cinco en punto saldrá y se dirigirá al 112 del Boulevard des Oiseaux. Es una casa de modas, llamada precisamente así, Maison de la Móde. Esta tarde hay desfile de nuevos modelos para verano. Espero que le resulte grato contemplarlo.

—Gratísimo —sonrió ella—. Son ustedes muy amables.

* * *

Y los modelitos eran preciosos. Verdaderas creaciones de última hora. Sin duda alguna la alta costura de París estaba entre las primeras del mundo, por no colocarla en cabeza. Por ejemplo, aquel modelito de pantalón a cuadritos, con chaquetón azul pálido y gorrita. O aquel otro de corte más severo pero igualmente encantador compuesto por falda, blusa, chaquetón y sombrero de airosa ala ancha…

—¿Le gusta algún modelo en especial, ma chérie?

Brigitte se volvió lentamente hacia el caballero que tras sentarse junto a ella había susurrado estas palabras. Sonrió apenas y musitó:

—¿Cómo está, *Monsieur* Nez? Llevamos mucho tiempo sin vernos, ¿no es cierto?

—Mucho, en efecto —sonrió el hombre del Deuxième Bureau—. ¿Fue en Casablanca?

—Efectivamente. Y no ha vuelto a recurrir a mí desde entonces… ¿Le resultaron demasiado caros mis servicios?

—Por favor… Lo que da buen rendimiento nunca resulta demasiado caro. Sin embargo… Sin embargo, señorita Montfort, debo decirle que es usted la más cara de nuestras… agentes volantes. ¿Todo va bien por la CIA?

—¿La CIA? No sé de qué me habla, *Monsieur*.

El señor Nez se permitió otra sonrisa.

—Quizá la confundo con otra dama que trabaja para la CIA. Mi memoria es fatal últimamente. Tendrá que perdonarme.

—Por supuesto. Dígame: ¿por qué me ha hecho venir a París? ¿Qué tengo que hacer esta vez?

—¿Tiene usted alguna dolencia cardíaca, o hepática…, o siquiera sea una simple afección en la piel?

—Pues no… Temo que soy perfecta en todos los sentidos —sonrió la divina—. Espero que eso no le extrañe demasiado.

—Ciertamente que no. Sin embargo, querida señorita, deberá usted… agenciarse alguna de las… enfermedades que he mencionado, porque va a tener que pasar unos días en un balneario francés.

—Oh. Bien, desde luego nada de afecciones epidérmicas, porque salta a la vista que estoy sanísima y que mi piel es maravillosa. En cuanto a esa dolencia hepática debo decirle que mi color no es el adecuado para una persona cuyo hígado no funciona como sería de desear. Tengo un color magnífico, y soy tan bonita que nadie creería que semejante enfermedad podía caer sobre mí… En cambio, el corazón… ¡Oh, qué tierno y débil es mi pobre corazón, *Monsieur*!

—De acuerdo. Entonces será una enferma cardíaca.

—¡Qué horror, qué mal suena eso! Digamos que seré una deliciosa señorita cuyo corazón está algo delicado, simplemente. No hay que exagerar.

En la sala de desfiles de la Maison de la Móde se oía la voz de la locutora explicando las excelencias de aquel modelito, presentado por una chica delgadita, de grandes ojos, elegantísima. Un modelo para noche, escotadísimo…

—De acuerdo —asintió *Monsieur* Nez—. ¿Le llama la atención alguno de esos modelos?

—Todos —sonrió Brigitte—. ¿A usted no?

—Yo prefiero las señoritas que los lucen… Con perdón. ¿Puedo obsequiarla con uno de esos modelos?

—¿Uno? ¿Solo uno?

—Que sean dos —suspiró *Monsieur* Nez.

—Escogeré tres… ¿Qué tengo que hacer en ese balneario?

—Se llama Hotel du Lac… Está junto al lago Leman, que como ya sabe forma frontera entre Francia y Suiza. El hotel está a la salida de un delicioso pueblecito llamado Saint Honoré… ¿Ha oído hablar de él?

—No.

—Le gustará. Es un pueblo pacífico, tranquilo, soleado…, en lo posible. Cerca hay hermosas montañas, aunque la nieve no abunda por allí. Quizá quede algo en Chamonix, Saint Gervais, Les Contamines… Pero no en Saint Honoré. Está demasiado bajo, junto al lago… Le encantará el ambiente.

—Me parece bien, aunque ya sabe que me adapto a cualquier ambiente. ¿Qué tengo que hacer en tan maravilloso lugar?

—Bueno, en ese balneario llamado Hotel du Lac las aguas termales son magníficas. Usted puede tomarlas y reposar allá su delicado corazón. Mientras tanto vigilará a un hombre… ¿Quiere abrir esta revista por la página veintiocho, por favor?

Brigitte tomó la revista que el hombre del Deuxième Bureau había dejado a su lado con toda naturalidad, y, aparentemente aprovechando que no había ninguna modelo en la pasarela, la hojeó hasta llegar a la página indicada. Allí, pegada a la hoja de la revista había la fotografía de un hombre de unos cincuenta y tantos años, muy agradable, aunque de facciones un tanto duras y mirada penetrante, también dura; la cara de un hombre que no está conforme con algo y lo demuestra siendo duro y frío. Tenía bastantes canas en las sienes y unas pocas en el resto de la cabeza… Sí, agradable pero duro, hermético, hosco…

—Se llama Helmut von Mandle. Alemán. Tiene ahora cincuenta y tres años. Durante la Segunda Guerra Mundial fue comandante de la Infantería alemana, al principio. Luego pasó a una Panzer Division y, finalmente, entró a formar parte de las SS. Ahí fue donde el comandante Von Mandle demostró que no era persona… grata Al menos para los franceses y belgas. Hasta tal punto que

cuando la guerra terminó fue buscado con insistencia. Y hallado. Fue juzgado y condenado a veinte años de prisión por diversos crímenes de guerra.

—Pues es un angelito el señor Von Mandle —dijo fríamente Brigitte—. Y otra cosa: ¿por qué solo veinte años a un criminal de guerra? En mi opinión esa clase de gente son unos cobardes que merecen ser retirados para siempre de la convivencia humana.

—Seguramente tiene razón —asintió *Monsieur* Nez—… En cualquier caso, la condena terminó.

—¿Quiere decir que ese… personaje ya salió de la prisión?

—En efecto. Hace un par de meses. Dados sus antecedentes nos pareció que debíamos vigilarlo un cierto tiempo. Cuando salió de la prisión regresó a Alemania Occidental. Naturalmente no tenía dinero ni nada que pudiese proporcionárselo, excepto su trabajo. No trabajó. Estuvo un mes y medio o poco más en Alemania Occidental, concretamente en una ciudad llamada Bielefeld. Luego, de pronto, salta a Francia. Imagínese nuestra sorpresa cuando cruza la frontera con pasaporte a nombre de Anatole Sadiron, ciudadano francés, y se instala en una villa cercana al balneario llamado Hotel du Lac, en Saint Honoré. De criminal de guerra condenado a veinte años de prisión y poco menos que muerto de hambre pasa a ser Anatole Sadiron, ciudadano francés que parece nadar en la opulencia. ¿No es… asombroso?

—Es interesante —admitió Brigitte—. ¿Dónde consiguió el dinero y la documentación?

—No lo sabemos. De pronto, lo tuvo todo.

—Interesante en verdad. ¿Tiene alguna teoría, al menos?

—Por supuesto. Creemos, que algún compañero suyo de prisión que salió antes lo preparó todo. O bien que ese compañero suyo llevó el recado a alguien que lo preparó todo para cuando Helmut von Mandle saliese libre. Él no hizo nada, desde luego, de modo que tenía que estar todo preparado.

—¿La villa está a su nombre?

—Al nombre actual, sí. O sea, a nombre de Anatole Sadiron.

—Pasmoso.

—Eso no es todo. En la villa viven con él algunos hombres que, hasta el momento, no han hecho nada que llame la atención…, excepto pasear en lancha por el lago y sumergirse de cuando en

cuando con equipo submarino. Suelen pescar buenas piezas. ¿Quiere pasar a la página cincuenta y seis, por favor?

En la página cincuenta y seis había pegadas cinco fotografías, de menor tamaño que la correspondiente a Helmut von Mandle de la página veintiocho. Cinco hombres, cuyos rostros estuvo estudiando atentamente Brigitte mientras el hombre del Deuxième Bureau continuaba hablando.

—De izquierda a derecha y de arriba a abajo se llaman: Windell, Heydrich, Goer, Filipo y Salvatore.

Tres alemanes y dos italianos. Uno hace de chófer de cuando en cuando, otro de jardinero, otro se ocupa de abastecer la villa, otro de la cocina, otro de la casa… Se reparten el trabajo. Son como cinco criados, pero con mucho tiempo libre.

—¿Y en qué ocupa su tiempo Helmut von Mandle?

—Absolutamente en nada. Está en la villa, nada en la piscina, se da algún paseo por Saint Honoré, va a navegar un poco al lago en una pequeña lancha a motor… Quiero decir que no tiene otra ocupación que pasarlo bien.

—Un deseo muy lógico después de veinte años de prisión —murmuró Brigitte—. ¿No cree, *Monsieur*?

—Desde luego.

—Sí, desde luego. ¿Hay más fotos en la revista?

—Dé la vuelta a la página.

Brigitte obedeció, y estuvo a punto de echarse a reír al ver aquel rostro gordinflón y simpático, de pequeños ojos vivos, calvicie bastante avanzada, y, en general, expresión de niño bueno, a pesar de que debía de contar no menos de cuarenta años.

—¿Quién es? —preguntó sonriente.

—Se llama Armand Priollet, y está esperándola a usted en Saint Honoré. Naturalmente, es uno de mis hombres. Muy inteligente.

—No lo parece.

—Afortunadamente.

—Claro. Bien, supongo que tendré que espiar a Anatole Sadiron, ¿no es así?

—Así es.

—Hay algo que me tiene asombrada: ¿cree que era necesario hacerme venir a mí para este trabajo?

—Le explicaré… Al principio envié a Armand Priollet, el hombre

que la está esperando allí. Pero pronto comprendimos que un hombre tiene pocas probabilidades de entrar en esa villa, de… penetrar en la intimidad de Anatole Sadiron. Era necesaria una mujer.

—¿No tiene usted mujeres en su Servicio, *Monsieur*?

—Desde luego que tenemos. Pero no me he atrevido a enviar a ninguna de ellas. Es un asunto muy peligroso.

—¿Por qué le parece especialmente peligroso?

—No hay que olvidar que ese hombre perteneció a las SS, y que estuvo preso veinte años por crímenes de guerra. Una persona así no es recomendable para ciertas señoritas… Helmut von Mandle, o Anatole Sadiron, necesita una enemiga… especial, bien preparada en todos los aspectos.

—Me encantan sus lisonjas —sonrió la divina—. Pero estoy pensando que quizá todo habría sido más simple si hubiesen abordado ya al señor von Mandle directamente y le hubiesen pedido explicaciones respecto a su nuevo nombre y todo lo demás.

—Claro. Pero queremos saber qué se propone.

—Quizá no se proponga nada. Simplemente, sea como sea, ha conseguido dinero, vive en una villa con nombre francés…, y quizá piensa morir así, tranquilamente. Espero que no irá a pedirme que me pase veinte años siguiendo a Helmut von Mandle.

—Lo vigilaremos un tiempo. Si no hace nada… especial enfocaremos las cosas de otro modo. Naturalmente ese hombre no puede permanecer en Francia. Y, mucho menos, decir que es francés… ¡El muy puerco!

Brigitte alzó las cejas, asombrada y burlona a la vez.

—Por favor, *Monsieur*, contrólese —pidió.

—Desde luego. Bien, hablemos ahora de sus… honorarios. Hemos pensado asignarle la suma de diez mil francos nuevos y gastos pagados. Oh, y un par de modelitos de esos…

—¿Cuándo tengo que salir hacia Saint Honoré?

—Mañana a las diez. Tomará un avión en Orly, hasta Ginebra. En Ginebra alquilará un taxi y se hará llevar a Saint Honoré, adonde llegará a la hora del almuerzo, más o menos… Se hospedará en el Hotel du Lac, naturalmente. En cuanto sea posible o convenga Armand entrará en contacto con usted.

—¿Alguna instrucción especial?

—Ninguna. Queremos saber qué se propone Anatole Sadiron, eso es todo. ¿Necesita algo, algún instrumento, armas…?

—Tengo de todo —sonrió Brigitte—. Soy una chica precavida.

—Entonces creo que no hay nada más que hablar por ahora. Como ve —el hombre hizo un gesto mostrando el lugar— he procurado que la entrevista se realizase en un ambiente grato para usted.

—Muy amable.

—Puede escoger los dos modelos que más le agraden.

—Serán cuatro ahora, *Monsieur*.

—Pero antes dijo tres…

—Serán cuatro —sonrió simpáticamente Brigitte—. Y mis honorarios no serán de diez mil N. F., sino de veinticinco mil. Y gastos pagados, por supuesto.

—Es un abuso por su parte.

—¿De veras? Vamos, señor Nariz, usted me eligió a mí porque sabe que no soy tonta, ¿no es cierto?

—Sí, evidentemente.

—Entonces, si no soy tonta, ¿por qué voy a conformarme con menos de lo que puedo obtener? *Monsieur* Nez sonrió secamente.

—De acuerdo, será su precio. Y ahora, si me perdona…

—Puede retirarse —sonrió la divina—. Creo que yo todavía tengo que pensar cuáles de esos modelitos van a pasar a engrosar mi guardarropa. *Bon soir, Monsieur*.

—*Bon soir… Et bon Voyage, Mademoiselle* Montfort.

*Monsieur* Nez se puso en pie, y Brigitte pareció desentenderse de él completamente, como si la discretísima conversación entre ambos hubiese sido del todo casual.

Pero no había habido nada de casual en todo aquello, y, simplemente, de su apartamento en la Quinta Avenida de Nueva York Brigitte Montfort había de pasar a un pueblecito ubicado entre altas montañas llamado Saint Honoré.

# Capítulo II

Efectivamente Saint Honoré era un pueblecito muy tranquilo, soleado y con un agradable tono nostálgico, diríase que bucólico, flotando en el ambiente.

El Hotel du Lac resultó mucho más confortable de lo que Brigitte había esperado, y su serie de tres habitaciones le pareció poco menos que lujosa considerando el lugar. Tenía vistas al lago y a las pequeñas piscinas de aguas termales que habían sido muy bien acondicionadas. Solamente una de ellas olía un tanto a sulfuro, pero eso era precisamente lo que muchos de los ocupantes del hotel habían ido a buscar, de modo que se esperaba que no molestase a nadie tal olor.

Las aguas del lago Leman se veían de un gris-azul sombrío, pero no desagradable. Lo único que deprimió a Brigitte un poco fue el cielo, de tono plomizo, pesado, cargado. Pero, según le aseguró el camarero, aquello era pasajero en primavera, y, posiblemente, al día siguiente podría disfrutar del limpio sol que había observado durante el recorrido en taxi desde Ginebra a Saint Honoré.

El almuerzo había sido sencillo, ligero, de fácil digestión, y la siesta era poco menos que obligada, sobre todo para «una pobre muchacha cuyo corazón no funcionaba todo lo bien que sería de desear».

Sin embargo, había alguien en Saint Honoré que al parecer no se tomó demasiado en serio la dolencia cardíaca de Brigitte Montfort. Un hombre gordito, ataviado con pantalones de lanilla blanca y chaquetón azul marino, pañuelo al cuello y gafas de cristales oscuros. Un hombre que debía de ser un tanto especial, ya que, utilizando expertamente una ganzúa, abrió la puerta de la *suite* de Brigitte y se coló dentro como quien pisa sus propios dominios. Y,

apenas entrar en la *suite*, el hombre sacó una enorme pistola, mientras sus bien parapetados ojillos recorrían con viveza la primera de las piezas.

No había nadie allí.

Entonces el gordito fue a la segunda pieza, donde tampoco había nadie. Obviamente, pues, la persona ocupante de aquella *suite*, debía de estar en el dormitorio.

Pero para sorpresa del hombre gordito la última huésped del Hotel du Lac tampoco estaba en el dormitorio. Fue una sorpresa tan auténtica que el hombre se quedó como atontado, sin saber qué hacer con la pistola.

—Yo también tengo una pistola —dijo una dulce voz femenina tras él—. Y le aseguro que sé utilizarla muy bien, señor. Además estoy detrás de usted, de modo que le sugiero que deje caer la suya.

El gordito suspiró, con esperanzado alivio.

—¿Señorita Montfort? —inquirió.

—Esa soy yo, señor.

—Yo soy…

—No me lo diga. Intentaré adivinarlo… Mmm… Veamos… ¿No será usted, por casualidad, el señor Armand Priollet?

—¡Sssst! Por favor, señorita… En este lugar mi nombre es otro: Jack Tryon, americano, turista.

—Divertidísimo. Deje caer la pistola y vuélvase, señor… Jack Tryon, americano, turista.

—Pero la pistola…

—Déjela caer y vuélvase. ¿Es malo mi francés?

—*Mais non, Mademoiselle*…! Pero mi pistola…

—Señor Tryon, tengo una costumbre muy fea: cuando algo no me gusta disparo. Luego veo si las cosas todavía pueden arreglarse. ¿Okay?

El hombre gordito asintió con la cabeza. Dejó caer la pistola y se volvió. Inmediatamente sus ojos se desorbitaron, al contemplar aquella maravilla humana en camisita corta de dormir.

—¿Soy de su agrado, señor Tryon?

—Sí… ¡Ya lo creo!

—Usted también me gusta a mí. Hay gordos feos y gordos simpáticos. Su gordura, señor Priollet, es del tipo simpático. Tenga la bondad de acercarse a mí.

Armand Priollet obedeció, de muy buena gana, ciertamente. Brigitte estaba a un lado de la cama, y parecía haber salido de debajo de ella, o, por lo menos, de sobre la alfombra que había junto a aquella.

Lo que menos esperaba Armand Priollet fue que la hermosa mujer que lo estaba deslumbrando con su belleza adelantase la mano izquierda y le tocase las mejillas. Luego le dio un suave tironcito de la papada, y, por último, le pasó la mano por la calva.

Finalmente sonrió, tirando la pistolita de cachas de madreperla sobre la cama.

—Okay, señor Priollet: usted es el hombre que me presentaron fotográficamente.

—¿Le había parecido que no? —se sorprendió el agente del Deuxième Bureau.

—Estaba «casi» segura de que era usted, ya que, como digo, vi su fotografía. Pero a veces alguien puede parecer otra persona con algunos rellenos y un poco de maquillaje. Opino que su papada y su barriga son auténticas, así que todo está bien.

—Magnífico —sonrió el francés—. En verdad magnífico, señorita Montfort. El señor… ¿Cómo lo llama usted?

—*Monsieur* Nez.

Priollet soltó una breve y aguda risita divertida.

—¡Está bien aplicado el mote! —exclamó—. Bien, pues el Señor Nariz me dijo que usted era muy inteligente, y que podía confiar ciegamente en su trabajo. Es tranquilizador comprobar que es cierto. ¿Fue bien el viaje?

—Muy bien. Y muy bonito. ¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Sin duda.

—Su manera de entrar en contacto me parece deplorable.

—Oh… Bueno, todos duermen ahora en el hotel…

—En el hotel tal vez, pero… ¿y fuera del hotel?

—¿Se refiere a Helmut von Mandle?

—Naturalmente.

—Está en su villa, durmiendo apaciblemente la siesta… Supongo que *Monsieur* Nez le explicó a usted de qué se trata, qué es lo que los dos estamos haciendo aquí.

—Estoy al corriente. ¿Un cigarrillo americano, Armand?

—Con gusto, sí… ¿Puedo hacer yo ahora una observación?

—Desde luego.

—Es que… es de tipo personal. Brigitte alzó las cejas y sonrió.

—Querido Armand, las observaciones solo pueden ser de tipo personal. De lo contrario dejan de ser observaciones para convertirse en parloteo de papagayos. ¿Qué observación quiere hacer?

—Considero una obligación por mi parte decirle que es usted la mujer más hermosa que he visto jamás.

—Ya lo sabía…, pero gracias. Ahora hablemos de lo que nos interesa… profesionalmente a los dos, y márchese cuanto antes. Su visita me está… comprometiendo.

Armand Priollet, pequeño, gordito y sonrosado, pero de movimientos ágiles y mirada viva, encendió el cigarrillo mientras miraba sonriente a la divina espía.

—Okay, como dicen los yanquis… Empecemos por lo que considero más importante. Creo que el señor Anatole Sadiron está tramando algo… Algo importante, desde luego.

—¿Pero no tiene usted idea de lo que puede ser?

—Por el momento, no. Pero hay que descartar la teoría de que él, simplemente, ha venido a Saint Honoré a vivir en paz y tranquilidad… Está en este lugar buscando o esperando algo muy importante. Otra cosa que he observado es que sus cinco amigos o empleados son gente de cuidado… Las cosas resultan interesantes vistas a través de unos prismáticos.

—¿Qué ha visto usted a través de unos prismáticos?

—Esos cinco hombres son… montañas de músculos.

—¿Y…?

—Bien… Se entrenan diariamente. Corren por el jardín de la villa, practican la natación, la inmersión, la lucha, y hasta tiran al blanco en un pequeño polígono especial. Son hombres… raros, en realidad. Como máquinas.

—¿Robots? —sonrió Brigitte.

—Aproximadamente.

—¿Diría usted que son… agentes secretos?

—No. Les falta… ¿cómo diría yo?… una cierta ductilidad para ser eso. Usted sabe que un agente secreto…

—Sé más o menos cómo son los agentes secretos —cortó Brigitte —. No perdamos tiempo en divagaciones, por favor.

—De acuerdo. Dígame tan solo cómo piensa abordar a Anatole Sadiron, y le evitaré la molestia de escuchar cosas sabidas.

—Magnífico. ¿Cómo es la villa de Sadiron?

—Muy grande, y está rodeada de verjas.

—¿Tiene perros?

—No. Las verjas pueden saltarse, desde luego. El jardín es bastante grande. Hay en él abetos y moreras, algún pino, flores… Al lado izquierdo de la casa está la piscina. La casa tiene once habitaciones, cuatro baños, cocina, vestíbulo, sala de estar, dos terrazas…

—¿Podría usted dibujar un plano de ella?

—¿Ahora?

—Ahora, señor Priollet.

—De acuerdo.

Brigitte le proporcionó un bolígrafo y una cuartilla, y Priollet se dedicó al trabajo durante apenas cinco minutos. Estaba claro que la villa de Anatole Sadiron no tenía secretos para él. Luego, durante diez minutos más, estuvo explicando a Brigitte las entradas y salidas y demás detalles sobre los cuales ella hizo preguntas concretas.

—Muy bien —se dio por satisfecha Brigitte—. ¿El señor Sadiron tiene abierta cuenta en algún banco de Saint Honoré?

—No.

—¿Ha comprado algo más? ¿Terrenos, embarcaciones, casas, automóviles, acciones de cualquier tipo, muebles…?

—Nada. Llegó, se instaló en la villa, y eso es todo.

—Hablemos ahora de esos cinco hombres que están con él… Entiendo que son luchadores peligrosos. ¿Llevan armas?

—En ocasiones sí, pero habitualmente van desarmados.

—Digamos que, por si alguien observase su tenencia de armas, se dedican al tiro deportivo para justificar la posesión de esas armas. Y podemos suponer que no las llevan encima por el momento porque no creen que vayan a necesitarlas… también por el momento.

—Es un modo muy sibilino de ver las cosas, pero sí —admitió Priollet.

—¿Compraron los equipos de hombre-rana aquí, en Saint Honoré?

—Desde luego que no. Los trajeron con sus equipajes cuando

llegaron.
—¿Bucean siempre en el mismo lugar?
—No, ni mucho menos.
—¿Están mucho rato bajo el agua?
—No tienen tiempo fijo, pero evidentemente les gusta bucear, deben de pasarlo muy bien. A veces están casi una hora.
—¿Sadiron se relaciona con alguien en Saint Honoré?
—En absoluto.
—¿No tiene amigos, o un… mínimo trato social…?
—No.
—¿Pero se le considera un hombre rico?
—Millonario. Llegó hace poco y ocupó una de las mejores villas de las afueras de Saint Honoré. Eso es algo muy revelador para los habitantes de este pueblecito.
Brigitte quedó pensativa, fumando. Estuvo así no menos de dos minutos, mientras Armand Priollet la admiraba a sus anchas. De pronto ella lo miró fijamente.
—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando, Armand?
—Estamos bus… ¿Buscando? No la entiendo… ¿No sabe usted qué es lo que estamos haciendo aquí los dos?
—Le pregunto qué es lo que está buscando el Deuxième Bureau cerca de Helmut von Mandle.
—Pues no buscamos nada… Simplemente vigilamos a ese alemán que perteneció a las SS y fue juzgado y condenado a…
—Esa historia la conozco —cortó fríamente Brigitte—. Buenas tardes, Armand.
El francés quedó estupefacto.
—¿Quiere que me marche ya? Todavía podría decirle muchas cosas que…
—No me gustan las mentiras. Volveremos a vernos dentro de veinticuatro horas… y entonces veremos qué derrotero sigue la conversación. *Adieu, mon ami.*
—*Et bien… Adieu, Mademoiselle* Montfort.
Armand Priollet abandonó la *suite* con gesto un tanto ofendido pero en realidad, sintiendo una gran admiración por aquella muchacha de hermosos ojos azules y sonrisa dulce. Posiblemente era la primera experiencia del agente del Deuxième Bureau respecto a encontrar una mujer auténticamente inteligente… que se atreviese

a decir que no creía una sola palabra de lo que le decía un compañero de misión. Había escuchado y creído las informaciones técnicas pero nada más.

* * *

Hacia las seis y media de la tarde, ya visible el crepúsculo, Brigitte salió del hotel, dispuesta a dar un paseo por el pueblo, que distaba menos de trescientos metros del Hotel du Lac, de modo que todo contribuía a que resultase agradable: quedaba aislado, y, al mismo tiempo, anexionado al pueblo.

Las calles eran estrechas y limpias. La mayoría de las casas no tenían más de dos pisos. Brigitte encontró algunos huéspedes del hotel paseando sosegadamente; en algunos de ellos la dolencia que los había llevado a aquellas aguas termales era bastante visible… Unos pocos, que la habían visto en el comedor durante su tardío almuerzo, la saludaron serios pero afables. Eran, en general de la clase de personas que jamás saben lo que hay detrás de la fachada de la vida… Viven y mueren sin haber sabido nada de nada. Disfrutan de su dinero del único modo que conocen, esto es, primero para estropearse la salud y luego para intentar recuperarla. Poco que contar sobre ellos.

La calma era tanta que Brigitte comenzó a sentir aquella profunda melancolía del alma solitaria. Ahora, a lo lejos, las aguas del lago parecían ir encendiéndose en rojo y morado, o quizás en negro…

Era absurdo aquello. Simplemente se trataba de un oficial de las SS que al salir de cumplir la condena por sus crímenes de guerra había decidido acabar sus días en paz, escondiendo un pasado que a él mismo le parecía vergonzoso. Por supuesto Helmut von Mandle era el hombre menos indicado para ejercer el espionaje o cualquier otra actividad en la que fuese necesaria la discreción, el anonimato.

Brigitte se encontró como en sueños en la gran plaza central de Saint Honoré, mirando la iglesia. Una iglesia grande, destartalada quizá, pero de piedras viejas, lustrosas. Tenía un alto campanario con tres huecos, y se veían dos bonitas campanas.

Qué extraño…

—Falta la campana mayor —dijo una voz tras ella—. Se perdió

durante la guerra. La Segunda Guerra Mundial, claro.

Se volvió lentamente. Aquella voz era tan agradable, con un francés tan fino y correcto, tan suave, que temió llevarse una decepción cuando viese el rostro del hombre que había hablado.

No hubo decepción. Al contrario.

La sorpresa fue tan agradable que Brigitte no pudo evitar una sonrisa. El hombre que había hablado tras ella debía de tener unos treinta años, y era alto, bien proporcionado, atlético, elegante… Estaba muy bronceado y sus ojos azules destacaban llamativamente; sus ondulados cabellos negros eran quizá demasiado largos… Toda su indumentaria era negra, y el jersey quedaba magníficamente en sus anchos hombros; un jersey viejo, ya acostumbrado a aquel cuerpo de atleta. El cuello era fino, bien musculado, visibles los tendones, la conjunción de las clavículas. Tenía los brazos cruzados sobre el amplio pecho, las mangas subidas hasta la mitad de los velludos antebrazos…

Era una visión tan sorprendentemente agradable que casi resultaba increíble. Y no menos increíble resultaba aquel par de ojos sonrientes, amables, de un azul limpio, nítido.

—Espero no haberla molestado —sonrió el desconocido.

—No, no… De ninguna manera. Solo… me ha sorprendido un poco. No sabía que detrás de mí hubiese nadie.

—Le ruego que me perdone. La vi mirando la iglesia con mucho interés…, o al menos eso me pareció.

—¿Con mucho interés? —Alzó una ceja Brigitte.

—Bueno… Lleva usted aquí, inmóvil, no menos de dos minutos, señora.

—¿Tanto?

—Le aseguro que sí. Creí que quizás agradecería alguna explicación sobre lo que tanto parece interesarle.

—Es usted muy amable. Ah, pero se confunde —Brigitte sonrió deliciosamente—. Soy señorita, no señora.

—Lo suponía —sonrió el hombre—, pero me pareció más conveniente pecar por exceso que por defecto. Brigitte sonrió ahora abiertamente.

—Es usted muy correcto, señor… ¿De veras llevaba dos minutos mirando la iglesia?

—Por lo menos. Si le interesa puedo darle alguna explicación

sobre ella. No soy un… guía de turistas, se lo aseguro. Vivo en Saint Honoré, y considero que debo agradecer a todos sus visitantes la atención que nos dispensan.

—Entiendo. ¿Por qué falta la campana mayor?

El hombre miró hacia el centro y lo más alto del gran campanario.

—Se la llevaron. Hace de eso veintitrés años.

—¿Quién se la llevó?

—Los alemanes. Dijeron… dijeron que su bronce era muy bueno, y que de ella podría obtenerse un excelente cañón de una… unidad móvil.

—¿Hicieron ese cañón?

—Suponemos que sí. Por eso nunca hemos querido reemplazarla. Sería como… como una traición a la campana mayor. Estuvieron buscándola durante algunos años después de que la guerra terminó, pero jamás fue hallada. Es por eso que casi estamos convencidos de que, en efecto, la utilizaron para hacer un cañón.

—Es lamentable. ¿Por qué no se llevaron las otras dos? También parecen de buen bronce.

—Se las llevaron. Pero luego fueron halladas abandonadas en el camino. Los alemanes decidieron abandonarlas…, para poder correr más deprisa hacia Alemania.

—¿Dejaron las campanas pequeñas y se llevaron la grande?

—En efecto.

—Pues poco podrían correr cargados con dos campanas, aunque fuesen relativamente pequeñas. ¿La otra era mucho más grande, quizá?

—Cinco veces más grande que sus dos compañeras. La campana mayor de Saint Honoré era el orgullo del pueblo. Su tañido llegaba a más de treinta kilómetros de distancia. Algunos días incluso más. Del bronce más perfecto, del sonido más limpio, de la fundición más esmerada… Se suponía que estábamos bajo el dominio del Gobierno de Vichy, pero en la campana un francés grabó unas palabras…

—¿Qué palabras?

—*Vive la France!*

—Es una historia muy bonita… Pero me pregunto si vale la pena tener el campanario vacío debido a ella.

—La campana será recuperada. No sabemos cuándo ni cómo,

pero volverá al campanario.

—Lo veo un poco difícil, si fue convertida en cañón.

El apuesto francés estuvo unos segundos mirando fijamente, con altivez, hacia el vacío campanario central.

—Volverá —musitó—. Todos sabemos que volverá.

—Es una gran fe la de ustedes. Yo diría que están creando una leyenda.

—Que se convertirá en realidad. —El francés la miró amablemente, sonriendo ahora—. ¿Puedo invitarla? Me llamo Michel Padirac, y le aseguro que no habrá… malos entendidos por el hecho de verla en mi compañía.

Brigitte sonrió irónicamente.

—Mi nombre es Brigitte Montfort, señor Padirac. En cuanto a los… malos entendidos hace tiempo que estoy por encima de esas cosas. ¿Es usted un hombre… acomodado?

Michel Padirac sonrió como un niño divertido.

—Puedo invitarla a lo que guste, señorita Montfort.

—¿Champán?

—Hay un buen champán en Saint Honoré. Bueno, seguramente no es de la calidad del de otras regiones francesas, pero espero que sea de su agrado. En mi bodega puede usted elegir el sabor y el año de su preferencia.

—¿Su bodega?

—Las viejas casas de Saint Honoré son grandes… Muchas de ellas tienen una gran bodega. No obstante, si prefiere tomar el champán en el bar del Casino o en el Hotel du Lac…

Brigitte se quedó mirando fijamente al francés.

—Me encantará visitar su bodega, señor Padirac.

# Capítulo III

La bodega era bastante espaciosa. Constaba de un pasillo a cuyos lados se distribuían grandes toneles. Michel Padirac encendió un quinqué de petróleo, explicando:

—No consideramos necesaria la instalación eléctrica aquí abajo. Visitamos la bodega apenas seis veces al año, y en esas ocasiones resulta seductor el empleo del quinqué.

—Resulta un tanto romántico, es cierto —sonrió Brigitte.

—Yo diría que un poco tenebroso —corrigió amablemente Padirac—. Pero yo estoy acostumbrado a ello. Es un lugar… confortable. Supongo que le extraña la definición que hago de mi bodega.

—Siendo su bodega usted puede definirla como más le plazca —casi rio la divina—. ¿Todos los toneles contienen champán?

—Solo los de este lado, y la mitad debería estar ya embotellado. En cualquier caso, yo diría que no le perjudica permanecer en los toneles. Los del otro lado contienen vino. El champán es algo… especial. ¿Lo prefiere seco o dulce?

—Lo prefiero brut —rio Brigitte—, y usted tiene que saber eso perfectamente. Pero, si no es usted tacaño, creo que me gustaría, por una vez y sin que sirva de precedente, probarlos todos.

—Es un honor que dispensa a mi bodega —sonrió Padirac—. ¿Le importa quedarse un momento sola y a oscuras?

—No.

—Con permiso.

Michel Padirac se alejó, con el quinqué en alto. Brigitte se apartó inmediatamente del lugar donde el francés la había visto por última vez, y su mano derecha bajó hasta tocar, en el muslo izquierdo, la pistola sujeta allí con esparadrapo. Se colocó entre dos grandes toneles, vacilando entre sacar o no la pistola de su cálido escondrijo. Veía a Padirac caminando hacia la salida. Para llegar a

la gran puerta de pesada madera había que subir no menos de doce escalones de piedra. Una vez cerrada aquella puerta la persona que quedase encerrada en la bodega no tendría ninguna posibilidad de escapar…

Brigitte fijó su mirada en la espalda del agradable francés. Tan solo con que iniciase la subida de aquellos escalones Padirac recibiría unos balazos en la espalda… No tenía la menor intención de dejarse encerrar en una bodega. Ni en sitio alguno, naturalmente.

Pero Michel Padirac no parecía tener esas intenciones. Brigitte le vio abrir un armarito empotrado en la pared, justamente al pie de la escalinata de piedra, y oyó sonido de cristal. No de vidrio, sino del más puro cristal, nítido, vibrante. Poco después Padirac regresaba junto a ella, llevando en la mano derecha una bandeja con diez o doce copas transparentes, y en la izquierda él quinqué.

—Empecemos por el último tonel —dijo—. Tiene más de veinte años, y en mi opinión se ha pasado un poco, convirtiéndose en un aceptable vino. Por favor, sostenga el quinqué.

El champán que le ofreció en primer lugar, en efecto, se había pasado, y así lo hizo constar Brigitte. El del segundo tonel tenía un cierto gusto neutro que no le gustó.

El del tercer tonel…

—Perfecto —suspiró la espía—… Maravillosamente perfecto.

—Es evidente que usted entiende, señorita Montfort. Vamos a probar ahora…

—No, no… Sería absurdo. Lo perfecto no puede mejorarse. Temo que si pruebo otro champán voy a sentirme decepcionada… ¿Le importa que repita de este?

—Se lo ruego.

Era un champán transparente, dorado. Tenía el frescor de la bodega, no el frío artificial de un frigorífico, y, por tanto, su sabor era completo, exacto, perfecto.

—Creo que será mejor que olvide este champán —volvió a suspirar Brigitte—… No me gustaría emborracharme.

—Puede beber cuanto guste.

—Gracias, pero tres copas serán suficiente. Señor Padirac…

—¿Sí?

—Dígame: ¿es usted tan amable con todos los forasteros?

—En absoluto. Tan solo con los que se interesan por la campana. Aparte, soy un enamorado de la belleza. Comprenda, señorita Montfort, que para mí su presencia, su compañía, resulta muy agradable. Sin embargo, lamento haberla conocido.

Brigitte se quedó con la copa a medio camino hacia su boca, mirando asombrada a Padirac.

—¿Lamenta haberme conocido? —exclamó.

—Quiero decir que es fácil comprender que su presencia en Saint Honoré es debida a una cierta deficiencia en su salud. De no ser por eso no la habría conocido… Y por eso digo que lamento haberla conocido. Preferiría que su salud fuese tan buena que hubiera sido innecesario su viaje a Saint Honoré.

—¡Es usted muy simpático! —rio Brigitte.

—¿De veras? Bien… Creo que debo decirle que es usted la primera persona que opina así de mí.

—Oh, imposible… ¡Imposible!

—Suelo ser más bien triste, sombrío… Y todo ello está relacionado con la campana.

—¿A qué se refiere?

—Mi padre fue uno de tantos *maquisards* que lucharon por la Francia libre. Cuando se la llevaron de aquí él y unos cuantos hombres más decidieron rescatarla.

—¿Y…?

—Y eso fue lo último que se supo de ellos. Cuando todos en Saint Honoré se convencieron de que André Padirac y la campana ya no volverían al pueblo el pobre niño Michel fue casi como un… un traidor.

—¿Usted? —musitó Brigitte.

—Tenía seis años entonces —asintió Padirac—. Y desde aquel momento me siento culpable. Es como… como si todos mis vecinos y amigos estuviesen esperando que yo les devuelva la campana de un momento a otro.

—¡Pero eso es absurdo!

—Desde luego. ¿Más champán?

—No, no… ¿Su padre mandaba aquel grupo del maquis?

—Sí. Cuando la guerra terminó los hombres que regresaron a Saint Honoré y se enteraron del robo de la campana dijeron que a ellos no se les habría escapado… Y todavía lo están diciendo, de

cuando en cuando.

—¿Y le molestan a usted por eso? ¿A usted, que entonces era un niño de seis años? Michel Padirac encogió los hombros.

—Si no le apetece más champán será mejor que salgamos de aquí, pues es un lugar húmedo, y no quisiera… perjudicar más su salud.

—Es usted muy considerado.

—Me gustaría que Saint Honoré fuese un lugar como Niza, o Antibes, o Jean les Pins… Allí todo el mundo va a divertirse.

—Comprendo su punto de vista —rio Brigitte—. Realmente es más alegre una playa de moda que un… balneario de salud.

—Bueno —frunció simpáticamente el ceño Padirac—, tampoco es tan malo que Saint Honoré pueda proporcionar salud a tantas personas… ¿Cuál es su dolencia, si no le resulto indiscreto?

—El corazón. Según parece debería estar más… fuerte y… digamos mejor sincronizado.

—Lo siento.

Padirac se dirigió hacia la escalera de piedra, precediendo a Brigitte, iluminando el camino con el quinqué. Y entonces a Brigitte ni siquiera se le ocurrió que aquel hombre tuviese intenciones de dejarla encerrada allí dentro; resultaba demasiado humano y natural para pensar de él cualquier cosa extraña. No parecía la clase de hombre que fuese capaz de perjudicar a nadie. Sin embargo…

Sin embargo, ella también tenía la apariencia de una dulce muchachita de ojos inocentes, y en cambio era capaz de matar con toda la frialdad del mundo, disparando a mansalva contra cualquier persona que ella considerase que merecía ser eliminada.

Y, a fin de cuentas, la hipocresía perfecta es la mejor arma del espía experto, concienzudo, eficaz. Una campana…

¿Qué tenía que ver con ella y con su estancia en Saint Honoré una simple campana, por muy bueno que fuese su bronce, por nítido que fuese su tañido? Acostumbrada a las más insólitas situaciones había creído por un momento que Michel Padirac podía estar relacionado con el motivo de su estancia en Saint Honoré Pero… ¡una campana!

No… Decididamente no.

Ya en la calle, en el portal de la casa de Padirac, este sonrió levemente.

—Me encantaría cenar con usted —dijo expectante—, pero supongo que su delicada salud le impide… Brigitte estuvo a punto de decir que su «delicada» salud no le impedía nada. Pero en aquel momento un coche cruzaba la plaza, en dirección a la orilla del lago, hacia el Casino y el Hotel du Lac. Un coche a cuyo volante iba uno de los cinco hombres que vivían con Anatole Sadiron, el llamado Filipo, lo recordaba bien. Y en el asiento de atrás, dura la expresión, fríos los ojos iba el propio Anatole Sadiron.

—Sí —dijo rápidamente—… Lo lamento, pero creo que me retiraré pronto esta noche.

—Lo comprendo. Quizá mañana podríamos pasear por el lago… Es un paseo agradable. Desde el lago se ven algunas montañas en las que todavía queda nieve. El viento es frío, pero seco, bueno para su corazón.

—¿Tiene usted una embarcación?

—Una lancha. Está bastante vieja, pero todavía no hace agua, se lo aseguro.

—En ese caso —sonrió Brigitte— creo que me convendría… y me encantaría aceptar su invitación.

—Maravilloso… ¿A qué hora paso a buscarla?

—Tarde… No puedo decirle la hora, lo siento… Ocurre que debo dormir sin horario; cuanto más descanse mejor. A veces no consigo dormirme hasta la madrugada, y claro está, ese día me despierto muy tarde.

—La esperaré en el vestíbulo del hotel.

—Ya le digo que ignoro a qué hora…

—No importa. La estaré esperando.

Brigitte parpadeó lentamente, mirando aquellos nobles ojos azules, más claros que los de ella; la frente despejada; la boca firme, viril; la sólida barbilla; los anchos hombros…

—Procuraré no bajar muy tarde —murmuró—. Adiós, señor Padirac.

Michel apretó suavemente la mano que ella le tendía.

—Hasta mañana —susurró.

Brigitte se alejó lentamente hacia el lago, es decir, en dirección al hotel y el Casino. Lo más lógico era que, puesto a elegir uno de los dos sitios, Anatole Sadiron hubiera elegido el Casino.

Michel Padirac quedó en el soportal de su casa, pensativo,

inmóvil. De pronto cerró la puerta, se guardó la llave, y cruzó la plaza hacia un bar cuya terraza al aire libre soportaba el techo de los arcos de la plaza. Se sentó a una mesa, pidió un vaso de vino, y encendió un cigarrillo. Apenas dos minutos más tarde un hombre como de cincuenta años, cabellos canosos, rostro atezado y mirada alerta apareció, se sentó ante Michel, pidió también un vaso de vino, y dijo:

—Se llama Brigitte Montfort, y procede de París.

—No es francesa, Richer.

—Pero el nombre…

—Ella no es francesa. Habla muy bien el idioma, tanto que hace falta muy buen oído para notarle pequeñísimas irregularidades y tonos de voz, pero… no es francesa.

—¿Crees que es alemana?

—Ni hablar. Alemana no, desde luego. Tiene una dicción neutra, como las personas que dominan varios idiomas. Ella estaba mirando hacia el campanario, Richer.

—Mucha gente mira el campanario.

—Pero no tan ensimismada. Claro que… quizás ella quedó absorta pensando en otras cosas… No sé.

¿Has visto a Bizard?

—Sí. Pero tenía mucha prisa. Me dijo que vendría lo antes posible.

—¿Tenía prisa?

—Murmuró algo de que tenía cosas interesantes que atender, y casi se alejó corriendo de mí.

—¿Llevaba la cámara?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Esa condenada cámara fotográfica que parece una caja de cerillas puede esconderse en cualquier sitio. En mis tiempos…

—Richer —sonrió secamente Padirac—, tus tiempos han quedado ya muy atrás. La guerra terminó hace veintiún años. Ahora se pelea de otra manera.

—¡Bah! A veces creo que estamos un poco… ofuscados con eso de tu gran inteligencia. Yo soy un maquisard, tu padre también lo era; y Bizard, y Chassin, y Vallat, y…

—Conozco bien a los que fueron amigos de mi padre. Y sé lo que fuisteis y lo que hicisteis por la Francia libre. Pero hoy día el que

entonces era un niño puede enseñaros algunas cosas.

—¡Bah, bah, bah…!

—Esperaremos a Bizard —sonrió Michel—. Ya veremos qué opinas entonces de los nuevos… métodos.

Bizard, que también tenía unos cincuenta años, apareció apenas cinco minutos más tarde, se sentó a la misma mesa y también pidió un vaso de vino.

—Michel, tengo algo grande, algo increíble —dijo, muy abiertos los ojos—… Esa mujer no es lo que parece, créeme.

—¿Tomaste las fotos, tal como te dije?

—Sí. ¿Cómo pudiste sospechar que ella…?

—No me pareció una enferma. Llegó sola en un taxi procedente de Ginebra, sus reservas en el hotel eran muy recientes… ¿Qué te dijo Vallat sobre ella?

Bizard se desconcertó.

—Pero… ¿no fue Richer quien estuvo con Vallat?

—Claro. Y le dijo lo que interesaba. Pero quizá tú hayas sabido algo más.

—No, no… Como sabía que Vallat, como conserje del Hotel du Lac, se iba a entender con Richer, yo me ocupé de las fotos… Estuve vigilando la puerta de esa mujer, ya que si llamaba por teléfono Vallat se lo diría a Richer… Bueno, hacia las cinco un hombre llegó a la puerta de ella, de esa Brigitte Montfort… ¿Crees que llamó? Pues no señor. Sacó un hierro del bolsillo, lo metió en la cerradura, y entró como si tal cosa…

—¿Tomaste fotos de ese hombre?

—Claro. Es el americano, ese tipo que a veces viste de manera tan rara, con colorines y cosas así…

—Ese tiene de americano lo mismo que yo de chino —rio Richer.

Padirac estaba examinando las microfotos ampliadas. En la primera se veía a Armand Priollet mirando hacia un lado; luego metiendo la mano en un bolsillo; después inclinado hacia la puerta pero no se le veía la mano…

La cuarta foto mostraba a Armand Priollet entrando en la *suite* de Brigitte Montfort. Luego, la quinta, lo había tomado en el momento de abrir la puerta…

—¿Estuvo mucho rato con ella? —preguntó Padirac.

—Veinte minutos, más o menos. —Bizard guiñó un ojo—. ¿Crees que…?

—Nada de eso.

—Pues tiempo tuvieron.

Padirac negó con la cabeza, y miró la sexta fotografía, que mostraba a Armand Priollet alejándose por el pasillo, mirando hacia un lado, muy atento.

La séptima foto mostraba a Brigitte saliendo de su *suite*. Las tres siguientes, que completaban la carga de diez de la cámara de microfotos barata, la mostraban todas de espaldas: bajando la escalera, cruzando el vestíbulo, saliendo del hotel…

—Eso es todo, Michel. Mira, yo no soy un genio en estas cosas tan tontas, de modo que…

—Ha sido un buen trabajo, Bizard. Digno de ti.

—Vaya… Hombre, gracias.

Michel sonrió distraídamente.

—¿De modo que el falso americano también está metido en esto…? Bueno, al menos parece que la cosa va en serio. Salvo que…

Bizard y Richer se quedaron mirando expectantes al joven y apuesto Michel, que los estaba dirigiendo con métodos que resultaban nuevos para ellos.

—¿Salvo que…? —instó Richer.

—Bueno… Quiero decir que espero que no os hayáis equivocado vosotros al identificar al alemán. Hemos invertido mucho dinero y trabajo en esto… Y yo soy solamente un aficionado al espionaje, no lo olvidéis.

Bizard y Richer palidecieron, mientras sus rostros adquirían una durísima expresión.

—Michel, te lo juro —siseó Bizard—. Te lo juramos los dos, te lo juramos todos, si quieres: ese hombre, ese que se hace llamar Anatole Sadiron, es un comandante alemán llamado Helmut von Mandle… Todos le recordamos muy bien… Tenemos tristes motivos para recordarlo.

—Sería ridículo que nos equivocásemos —insistió Michel.

—¡Te digo que es él! Es el comandante alemán tras el cual salieron tu padre y algunos hombres más… Es el jodido alemán que se llevó la campana hacia el lago… Seguramente él y sus soldados mataron a tu padre y a los otros y ocultaron sus cadáveres. No hay

otra explicación a los hechos de entonces.

Michel Padirac había palidecido levemente.

—Marcharos ahora —murmuró—. Tengo que pensar… Avisad a los demás. Quiero que vigilen a ese «americano» llamado Jack Tryon, a Anatole Sadiron, y a la mujer llamada Brigitte Montfort… ¿Podréis hacerlo entre todos?

—Seguro que podemos —gruñó Richer, con fiereza en sus ojos.

—Pues hacedlo. Distribuiros el trabajo como queráis, pero no me perdáis de vista a esa gente. Cuando cada uno de ellos se retire a su alojamiento quedará uno de vosotros vigilando… Los demás vendréis a mi casa a decirme lo que haya ocurrido.

—*D'acord.*

—Pues adelante. Vigiladme, sobre todo, a la mujer…

—*Oh, là là…* —Puso en blanco los ojos Bizard.

—Nada de eso —rechazó Padirac—. Ella vio pasar el coche de Anatole Sadiron y enseguida se las arregló para despedirse de mí. Quizás esté hablando con él, tramando algo. Vigiladlos estrechamente…, pero con cuidado.

—Sabremos todo lo que ellos hagan, Michel.

—Marchaos. Y pensad que de lo que nosotros hagamos depende, quizá, que la campana vuelva a su sitio.

—Pero no entiendo… Es solo una campana… ¿Crees que el comandante alemán ha vuelto por algo relacionado con ella?

Solo sé que él se la llevó. Y que de nuevo lo tenemos aquí. Es el único hombre que yo conozco que puede saber algo sobre ella. Así que vigiladlo. Y también a todos los que se relacionen con él.

# Capítulo IV

Brigitte llegó al Casino de Saint Honoré poco menos que riendo. Con seguridad lo habría hecho abiertamente de haber ido acompañada, ya que así su risa no habría llamado en exceso la atención. Pero una muchacha sola, que se supone enferma, no es la persona más adecuada para entrar riendo en un casino…

La cosa, sin duda, tenía su gracia.

Tras despedirse de Michel Padirac y alejarse convenientemente había regresado hacia la plaza, y, desde una esquina, con todo el disimulo y discreción de su profesionalidad de espía, había estado observando a aquellos franceses, y poco menos que lo había adivinado todo. Uno de ellos había mostrado unas fotos a Michel Padirac, después que este y el primero en reunirse con él habían estado charlando unos minutos.

Sí, la cosa tenía gracia. Aquellos hombres se enfrentaban a la mejor espía de la CIA como si estuviesen jugando, como si todo fuese una broma. Se reunían en la terraza del bar, esgrimían fotos, se excitaban, gesticulaban… ¿Qué clase de agentes secretos eran Michel Padirac y los dos hombres de mediana edad? Obviamente lo único que podía pensar respecto a ellos era que se trataba de aficionados.

Mas… ¿qué estaban tramando? ¿Y qué extraordinario cuento chino era aquel de la campana?

¿Realmente la consideraban tan tonta que podía creer siquiera fuese por un momento las palabras de Padirac? ¿En verdad había esperado este que ella, en su conversación con él, iba a delatarse en cualquier sentido?

Aficionados. Simples e inocentes aficionados.

Se sentó en un taburete de la barra del bar del Casino, mirando a su alrededor con ojos chispeantes de risa. Y, al menos, pudo desahogarse un poco sonriendo cuando el camarero se colocó ante

ella, expectante.

—*Madame?*

—Tónica, por favor.

—*Oui, Madame. Tout de suite.*

Brigitte encendió un cigarrillo mientras miraba a su alrededor como una niña perdida. Su mirada se cruzó brevemente con la de Anatole Sadiron, sentado a una mesa del fondo en compañía de tres de sus hombres. No habían llegado con él, de modo que debían de haber estado esperándole en el Casino…

¿Dónde estarían los otros dos?

Tras el breve cruce de miradas con Sadiron continuó mirando a su alrededor. El Casino no era demasiado grande, pero sí confortable, casi lujoso, con grandes arañas de cristal en el techo. Los asientos estaban forrados de terciopelo rojo, el mismo color que tenían los grandes cortinajes que adornaban las puertas y el gran ventanal que daba al mirador que se cernía sobre el lago. Estaba muy concurrido por personas elegantes, silenciosas, o, cuando menos, discretas en el tono de sus conversaciones.

De pronto Brigitte sintió de nuevo deseos de reír. Allá tenía a otro de aquellos espías aficionados. Entró mirando a todos lados y se quedó observándola fijamente apenas localizarla. Tenía el mismo disimulo que un hipopótamo chapoteando en la orilla de un río. Y su edad era aproximada a la de los otros dos que habían estado charlando con Michel Padirac en el bar de la plaza.

—Su tónica, *Madame*.

—¿Es usted de Saint Honoré? —preguntó ella amablemente.

—En efecto.

—Debe de conocer a todos los personajes importantes del pueblo, en ese caso.

—Naturalmente.

—Por ejemplo: ¿quién es el caballero sentado a la mesa del fondo con tres hombres más jóvenes que él?

—Aquel caballero no es de Saint Honoré.

—¿No le conoce?

—Ah, eso sí. Se llama Anatole Sadiron… Parece persona rica, ya que tiene en propiedad una de las mejores villas del pueblo.

—¿Dentro mismo del pueblo? —se extrañó con falsa ingenuidad Brigitte.

—No, no. Está en dirección al lago, siguiendo la orilla hacia la izquierda. El anterior propietario la había bautizado con el nombre de Fleur du Lac, y el señor Sadiron no parece tener intención de cambiarle el nombre.

—Parece un caballero simpático.

—Es posible —replicó discretamente el camarero.

Se alejó hacia otro punto de la barra para atender a otros bebedores, dos tipos jóvenes que reían un tanto agudamente. Brigitte se dedicó de nuevo a mirar a su alrededor, siempre con la expresión de quien considera que está obligada a conocer el lugar donde se halla. Y otra vez su mirada se cruzó con la durísima de Anatole Sadiron. Brigitte sonrió un poco, a estilo cortesana, y continuó mirando a su alrededor. Bebió un sorbito de tónica, y luego su mano derecha intentó bajar algo más el borde inferior de la falda, sin conseguirlo, naturalmente.

Como quien pretende disimularlo miró, atribulada, hacia Anatole Sadiron una vez más; se encontró con su mirada, le sonrió levemente, y desvió enseguida los ojos.

Entonces vio a Armand Priollet, el gordito del Deuxième Bureau, entrando en el casino, directo hacia el bar. Se sentó cerca de ella y pidió, exigente y con voz destemplada:

—*Whisky*, vamos, pronto.

El camarero miró con mal disimulado desagrado a quien para él era un clásico norteamericano vocinglero, y le sirvió el *whisky* en silencio. Cuando se alejaba, Armand encendió un cigarrillo, y, sin mirar a Brigitte, musitó:

—La están siguiendo.

—¿Y a usted no?

Priollet quedó mudo, estupefacto. De nuevo con ganas de reír, Brigitte bajó del taburete, pagó su bebida y se dirigió hacia la salida. De momento las cosas estaban saliendo como ella había planeado. Se habían hecho los primeros contactos, y cada cual empezaba a pensar en el modo de arreglar las cosas de modo conveniente para sí mismo, cosa lógica.

Se fue al hotel, cenó muy ligeramente, y subió a sus habitaciones. Abrió la puerta despacio, con mucho cuidado…, y el papelito cayó revoloteando hacia sus pies. Asombroso: nadie había entrado a registrar su habitación. Sin duda no habían tenido

tiempo. O eran muy listos y habían descubierto el truco del papelito colocado entre la puerta y el marco.

Revisó su equipaje y también lo encontró todo en orden. Luego, tras desconectar la carga de magnesio que habría podido lastimarle seriamente el rostro e incluso dejarla ciega aunque solo fuese temporalmente, abrió su maletín. También allí, y ahora sin posibilidad de desconfianzas, todo estaba en orden: las dos radios de bolsillo, la pitillera-pistola, los tres pequeños *magicear*, útiles aparatitos que en un momento dado le permitirían oír lo que hablaban otras personas a doscientos metros una vez sincronizados con el diminuto receptor acoplado al magnetófono a pilas. La pequeña linterna, la boquilla-puñal… Todo estaba allí y en orden.

Tantas cosas que tan solo con abrir el maletín un espía la décima parte de entrenado que ella ya sabría a qué atenerse respecto a la «muchachita enferma del corazón». Eso, claro, dejando aparte que quedase ciego instantáneamente y por no menos de tres horas debido a la combustión de la carga de magnesio. En tal caso no sabría nada de nada, a excepción de que la «enfermita» era una persona de cuidado.

Lo dejó todo en orden, se puso la *babydoll*, y se acostó.

Y se quedó dormida en el acto, a pesar de que apenas eran las nueve de la noche. Tenía que madrugar mucho al día siguiente.

* * *

Se levantó apenas amaneció, no mucho más tarde de las seis. Se vistió rápidamente con pantalones largos, jersey, un chaquetón grueso y una gorrita encantadora.

Desconectó de nuevo la carga de magnesio del maletín, abrió este, y sacó solamente la boquilla-puñal. Lo dejó de nuevo dispuesto a estallar, echó un vistazo alrededor, y abandonó la *suite*. Abajo, en el vestíbulo del hotel, el conserje de noche daba algunas cabezadas tras el mostrador, y Brigitte pudo salir sin que el hombre se enterase.

Apenas en la calle notó el vientecillo frío en el rostro. Pero el sol se veía ya en el cielo, y tardaría muy poco en calentar siquiera fuese para que el airecillo frío dejase de molestar. Con las manos en los bolsillos Brigitte se encaminó hacia la orilla del lago, paseando por

los bonitos jardines del balneario, solitarios, tristes, como nostálgicos. Vio numerosas lanchas en el embarcadero, algunas potentes y de buena envergadura. Seguro que una de ellas pertenecía a Anatole Sadiron en su papel de millonario.

Siguiendo las breves indicaciones que la noche anterior le diera el camarero, que coincidían con las explicaciones que por la tarde le diera Armand Priollet, Brigitte llegó a la villa de Anatole Sadiron. Es decir, llegó solo lo bastante cerca para poder leer el nombre grabado en la placa de la verja de entrada: Fleur du Lac. Flor del Lago. Era un nombre bastante cursi, francamente.

Durante más de una hora se dedicó a dar vueltas alrededor de la villa, alejándose, acercándose de nuevo, estudiando las verjas a distancia, el terreno circundante en general, el camino… En más de una ocasión estuvo tentada de saludar al francés que la vigilaba convencido de que ella no le veía a él. El hombre no era el mismo de la noche anterior, pero sí parecía tener más o menos la misma edad, alrededor de cincuenta años.

Cumplido el trabajo que se había asignado para aquella mañana, Brigitte decidió regresar al hotel tras dar otro corto paseo por los jardines. El espía aficionado la había visto de sobra. En cuanto a los de la villa, estaba convencida de que también la habían visto.

Lo cual era, ni más ni menos, lo que ella se había propuesto.

* * *

Hacia las diez de la mañana, tras haber dormido un poco más, Brigitte bajó de nuevo al vestíbulo del hotel. El día era espléndido; había cambiado el grueso chaquetón por otro más ligero, azul, y los pantalones oscuros y las botas por otros, blancos los primeros y zapatillas deportivas las segundas. La gorrita era la misma.

Michel Padirac se puso en pie apenas verla, dejando a un lado el periódico del día anterior, y se acercó a ella sorteando las mesitas redondas y las grandes macetas del *club hall* del balneario. El conserje era ya el de día, el mismo de cuando ella llegó, y Brigitte le obsequió con una sonrisa dulce… Pero menos dulce que la que dedicó a Michel Padirac.

Este se detuvo ante ella maravillado, fascinado.

—Buenos días —murmuró—… Está usted maravillosa.

—Buenos días… y gracias —rio Brigitte.

Le tendió la mano, y él la tomó con gesto afectuoso, cálido, preguntando:

—¿Ha dormido bien?

—Oh, sí. Y usted ha cumplido su palabra de esperarme.

—Estaba dispuesto a hacerlo el tiempo que fuese necesario. Pero no ha sido mucho… En realidad estaba convencido de que no bajaría usted antes del mediodía.

—En tal caso sus atenciones y paciencia tienen mucho más mérito. ¿Ha desayunado?

—Por supuesto.

—Yo no… ¿Le molestará mirar mientras lo hago?

—Será un placer —aseguró Padirac, sonriendo—. Estoy convencido de que verla comer será un espectáculo delicioso.

—Eso es una exageración —rio Brigitte—, pero de nuevo tengo que agradecerle sus galanterías.

Se dirigieron hacia el comedor, donde había algunas personas que saludaron afablemente a Brigitte. Ella ocupó una mesita situada junto al ventanal, y, en efecto, para Michel Padirac resultó encantador verla comer el bollo suizo y el vaso de leche. Eso fue todo.

Poco después se encaminaron hacia el embarcadero, al llegar al cual Padirac señaló su lancha, que en efecto era pequeña y no precisamente nueva. Pero serviría a la perfección para darse unas vueltas por el lago a la espera de los hombres de Anatole Sadiron, a fin de observar atentamente sus actividades.

Los hombres de Sadiron llegaron hacia las once, cuando la lancha de Michel estaba detenida, balanceándose suavemente sobre las limpias aguas, a menos de trescientos metros de embarcadero, después de haber dado un velocísimo paseo por parte del lago.

Brigitte estaba tendida junto a la cabina, gozando del sol. A su lado Michel hacía nudos y más nudos marineros en una cuerda mientras conversaban. Las manos de Michel Padirac estaban muy bronceadas, y los dedos eran largos y fuertes, quizás un poco ásperos.

—… y espero que una temporada aquí sea en verdad beneficiosa para mi corazón, Michel.

—¿Pero no definitivamente beneficiosa?

—Temo que ya no hay nada definitivamente beneficioso para mi corazón… Pero ya hemos hablado demasiado de mí. ¡Me ha hecho usted tantas preguntas…!

—¿La he molestado? —se alarmó Padirac.

—No, no. Pero creo que mi historia es muy poco interesante. Estoy segura de que la suya lo es mucho más.

—Lo dudo —sonrió secamente Michel—. Yo ni siquiera puedo darle a mi vida el tono amable de una señorita rica que acude a un balneario cuando es preciso. Temo que si estuviera enfermo mi vida tendría que continuar del mismo modo que hasta ahora.

—¿En qué se ocupa usted?

—En nada especial.

—¿Quiere decir que no trabaja, no hace nada?

—De cuando en cuando hago algún viaje a Ginebra, o a París… En general realizo negocios por cuenta de otras personas. Soy lo que llaman un intermediario. Mis necesidades son pocas en Saint Honoré.

—¿No le gustaría vivir en otro lugar con más… posibilidades? París, por ejemplo. La expresión de Michel se tornó sombría un instante.

—Me he propuesto vivir en Saint Honoré hasta que aparezca la campana.

—¿La camp…? Oh, lo que me contó ayer… ¿No cree que está exagerando un poco? Me refiero a ese sentimiento de culpabilidad.

—Son puntos de vista. Además, actualmente me siento feliz por haber permanecido en Saint Honoré. Se quedó mirándola con fijeza, y Brigitte sonrió con aquella dulzura suya capaz de derretir témpanos.

—¿Tengo yo… algo que ver en su… felicidad por haber permanecido en Saint Honoré? —susurró.

—Sí. Y espero que no se sienta molesta por ello.

—Todo lo contrario, Michel. —Resplandecían los ojos de ella—. Yo también estoy contenta de haber elegido este lugar. Ser feliz es… difícil para mí, pero contigo siento… siento que…

Brigitte calló bruscamente. Muy despacio adelantó una mano y acarició una mejilla de Padirac, mientras sus bellísimos ojos permanecían fijos en los del apuesto francés, que tragó saliva y apenas pudo susurrar:

—Brigitte…

Ella sonrió, con una muequecita triste que parecía intentar ser valerosa. Michel adelantó su rostro hacia el de ella, despacio, y entonces Brigitte cerró los ojos y su mano pasó hacia la nuca del francés, que llevó por fin sus labios hasta los de ella. La otra mano de Brigitte se unió a la primera en la nuca de Michel, quien se apoderó con las suyas de la esbeltísima cintura femenina, para atraer el espléndido cuerpo mientras sus labios profundizaban en los dulcísimos de Brigite Montfort, agente de la CIA en funciones…

Ella apartó de pronto su boca, y bajó la cabeza, evidentemente entristecida.

—Será mejor que… que demos otro paseo por el lago…

—¿Qué te ocurre? —musitó él—. Creí que tú deseabas este beso tanto como yo, Brigitte.

—Así es. Pero aprendí hace tiempo que es mejor… no desear nada…, ni hacerse ilusiones con nada, pues quizá… ni siquiera disponga de tiempo… para disfrutarlo.

—No es momento de pesimismos… que quizá no se cumplan. Debemos mantener la…

—Te lo suplico, Michel: demos otro paseo.

—Como quieras —asintió él—. Pero espero que me permitirás hablar de esto en otra ocasión… ¿Quieres que almorcemos juntos?

—No… No, no.

—¿Y la cena?

—Michel, por favor, es mejor que… que no nos veamos, es… es mejor que no te ilusiones con…

—Es imposible no enamorarse de ti, Brigitte.

Ella se mordió los labios, se apartó más de él, y aparentemente se quedó mirando las móviles aguas. Pero en realidad miraba hacia la potente lancha en la que los hombres de Anatole Sadiron navegaban hacia el interior del lago. Iban tres solamente. Y Sadiron no estaba entre ellos. Posiblemente aquellos tres hombres, aparte de sus habituales paseos e inmersiones por el lago, tenían ahora la misión de vigilarla a ella después del interés que había demostrado por Sadiron en el bar del Casino, y del cual Sadiron se habría percatado, sin duda. Tampoco cabía duda de que la habían visto aquella misma mañana rondando la villa…

Michel Padirac interpretó erróneamente el silencio de Brigitte, y

decidió no continuar hablando. Puso la lancha en marcha, ya virando hacia el centro del lago.

Pasaron bastante cerca del punto donde los hombres de Sadiron estaban preparándose para lanzarse al agua. Uno de ellos parecía tener turno al volante de la lancha, y sostenía una gran tabla con timones horizontales; debía de tener dos metros de longitud y unos ochenta centímetros de anchura, y Brigitte sabía muy bien cuál era su utilidad. Sumergían la tabla con un hombre encima y luego la remolcaban con la lancha; el hombre que iba sobre la tabla manejaba los timones, que funcionaban como alerones de avión, y la tabla sumergida lo transportaba sin que tuviese que realizar el menor esfuerzo aparte de mover los timones, con lo que conseguía ir más o menos sumergido a voluntad y conveniencia, según la profundidad del lago o lo que le interesara ver bajo las aguas. El aparato tenía el nombre de Acqualong, y su tamaño permitía perfectamente el transporte de los dos hombres que se disponían a utilizarlo.

Y así fue, en efecto. Cuando ya Michel regresaba hacia el embarcadero los vio sobre la plancha de madera, tumbados boca abajo, ya en el agua. La lancha partía en aquel momento, ellos manejaron los alerones o timones, y empezaron a sumergirse a buena velocidad…

Hacia las doce Brigitte decidió dar por terminada su vigilancia, que a nada parecía conducir. Los hombres de Anatole Sadiron habían salido a la superficie varias veces, habían navegado por ella en la tabla, se habían sumergido sucesivamente en varios puntos distantes unos de otros…

Y, sin embargo, aquello no podía ser simple diversión, a juicio de la espía americana.

De pronto se dio cuenta de que Michel había detenido la barca junto al embarcadero y la estaba mirando fijamente.

—¡Oh! Creo que estaba distraída…

—Llevas mucho rato así —asintió él—. ¿Quieres pasear más?

—No. Me siento un poco cansada, Michel.

—Te acompañaré al hotel… ¿Nos veremos esta tarde?

—Ya… te avisaría… si me encontrase lo bastante bien…

—De acuerdo —murmuró él.

* * *

Armand Priollet había terminado de almorzar antes que ella, y cuando Brigitte entró en su *suite* lo encontró esperándola, sentado en la cama. El francés se quedó mirando amablemente la pistola que Brigitte empuñaba.

—¿Piensa matarme? —sonrió.

—Sabía que alguien había entrado, pero no quién era. ¿Algo nuevo?

—Sí. Llamé a París, a… *Monsieur* Nez. Eso fue anoche. Este mediodía, cuando regresaba del baño, he tenido la respuesta. Es sobre los hombres que nos están siguiendo y vigilando. Me enteré de sus nombres: Vallat, Chassin, Bizard, Richer, Pleven, Socquet y Merle. Se van turnando en la vigilancia.

—Ya lo he observado. Supongo que usted sabe que ellos le han visto entrar aquí.

—Por supuesto —sonrió Priollet—. Ayer también me vieron. Incluso me tomaron fotografías.

—Eso no me lo dijo, Armand. ¿Por qué?

—Quizá porque no quise asustarla.

—No diga tonterías —rio Brigitte—. Si yo me asustase por esas cosas estaría en casita haciendo encajes. Imagino que esas fotos son las que mostraron luego a Michel Padirac.

—Seguramente. ¿Cómo le va con él?

—Bien. Me ha estado interrogando esta mañana, y supongo que él está convencido de que lo ha hecho magníficamente. Le he contado más mentiras a ese hombre que las que he dicho juntas en toda mi vida. Y creo que lo lamento un poco.

—¿Por qué? —se asombró Armand.

—Me parece que sus intenciones son buenas.

—¿Buenas? ¿A qué se refiere?

—No sé exactamente…, pero sé que es una persona honrada. Quiero decir que no debemos esperar nada malo de él mientras nosotros no le perjudiquemos a él o a Francia.

—Es posible que tenga razón. Respecto a los hombres por los que pregunté en París…

—¿Fueron del maquis?

—Sí… ¿Cómo lo sabe?

—Elemental, querido Watson —sonrió la divina—… ¿Qué nos dice sobre ellos nuestro querido Señor Nariz?

—Cosas muy buenas. Todos, incluyendo el padre de Michel Padirac, lucharon por Francia. Todos ellos han nacido aquí, en Saint Honoré. Cuando terminó la guerra simplemente se retiraron de nuevo a sus vidas civiles, sin aspavientos ni truculencias.

—Buena gente. No todos los maquisard hicieron lo mismo.

—Tiene razón. Algunos exigieron luego grados militares, destinos, privilegios… Pero ese no es el caso que nos ocupa. Esos hombres hicieron cosas buenas por Francia, de modo que me pregunto: ¿qué pretenden ahora?

Brigitte quedó pensativa unos segundos.

—La campana —musitó al fin—. Eso es lo que quieren Michel y los antiguos camaradas de su padre. ¿Sabía usted que André Padirac y unos amigos suyos salieron detrás de los alemanes que se llevaban sus tres campanas? Dos de ellas, las pequeñas, fueron recuperadas. La grande desapareció… El alemán que mandaba aquella fuerza del Reich es nuestro querido amigo Helmut von Mandle, alias Anatole Sadiron.

—Interesante —sonrió Armand—. No me diga ahora que von Mandle ha venido a Saint Honoré en busca de esa campana.

Brigitte alzó las cejas, como sorprendida por la idea.

—¿Por qué no? —sonrió—. Tengo entendido que es una hermosa campana.

—Oh, vamos…

La espía miró fríamente al hombre de Deuxième Bureau.

—Ya le dije que no me gusta que me engañen, Armand.

—No comprendo… ¿Supone que yo la estoy engañando?

—Estoy convencida de ello; usted y el narizotas de su jefe… Si se comunica con él dígale que es eso: un narizotas. Y que mi precio especial no será de veinticinco mil francos nuevos ahora, sino de cincuenta mil.

—¿Es una broma? —sonrió Armand Priollet.

—Retírese. Quisiera descansar un poco. Y descanse usted también, pues esta noche tenemos trabajo. Arrégleselas para esperarme a las ocho en la salida de los jardines, hacia la parte izquierda de lago. Y desde luego no permita que ninguno de sus *maquisard* lo siga en esta ocasión. Buena siesta, Armand.

# Capítulo V

Hacia las siete y media Anatole Sadiron hizo su entrada en el Casino de Saint Honoré, acompañado de dos de sus hombres. Por una de las ventanas Brigitte vio a los otros tres dirigirse hacia la plaza del pueblo. Es decir, que los seis estaban allí. Indudablemente Helmut von Mandle no había perdido su astucia. El alemán se dirigió a la misma mesa del día anterior, mientras uno de sus hombres, el llamado Filipo, iba al mostrador y pedía algo al camarero, reuniéndose después con von Mandle y con el otro, que también era italiano, el llamado Salvatore.

Brigitte miró un par de veces a von Mandle, insinuando una sonrisa que el alemán pareció ignorar. Durante quince minutos la espía permaneció en la barra, bebiendo parsimoniosamente su agua tónica y mirando de cuando en cuando, con disimulo su relojito. A las ocho menos cuarto en punto, ya completamente de noche, decidió que había llegado el momento de actuar. Salió del Casino y se dirigió paseando hacia la plaza. Y allí, en una de las terrazas, vio a los tres hombres restantes de Sadiron: Goer, Windell y Heydrich. Luego, volviéndose apenas, vio al francés que estaba encargado de vigilarla en aquel turno. Dio unos pasos por la plaza, miró el campanario, y de pronto, efectuó media vuelta y regresó hacia el lago. Entró en los jardines del balneario, solitarios entonces. En algunos puntos se veían las manchas de luz procedentes de las grandes ventanas del hotel; las fue dejando atrás, siempre caminando como quien está dando un paseo. Por fin, cuando llegaron ella y su seguidor a una zona más oscura, Brigitte hizo lo que menos esperaba el pobre Richer: se volvió y caminó resueltamente hacia él.

—Buenas noches, señor —saludó afablemente.

—Buenas noches —pudo mascullar el petrificado francés.

—Mi nombre es Brigitte Montfort. —Le tendió la mano la

divina, casi sin poder contener la risa—… ¿Cómo está usted?

Richer se encontró estrechando aquella mano que le pareció suavísima y delicada… Pero esta sensación apenas duró un segundo. Al segundo siguiente, cuando todavía no sabía qué decir, sucedió algo inesperado, brutal: el pobre Richer salió disparado hacia arriba y adelante, por encima del «delicado» hombro femenino… El batacazo contra el suelo fue tremendo. Rebotó casi inconsciente, y cuando intentaba incorporarse sin saber siquiera si lo estaba consiguiendo o no la mano de Brigitte le golpeó en la nuca, en perfecta ejecución del *tegatana-ate*[2].

Y el buen Richer se dedicó a dormir mientras Brigitte, sonriendo como si tal cosa, sacaba un papelito de bajo su ropa y se lo ponía en una mano. Luego, tranquilamente, llegó al lugar de la cita con Armand Priollet, que apareció silenciosamente junto a ella.

—Todo bien —dijo—. ¿Y por su parte?

—También —sonrió Brigitte.

—Entonces veamos qué clase de trabajo tiene pensado.

—Vamos a la villa de Sadiron. Entraremos en ella.

—¿Está…? —Se atragantó Priollet.

—¿Loca? Desde luego que no, querido Armand. Vamos hacia allá, y por el camino le explicaré el plan. Veinte minutos después, mientras Armand Priollet vigilaba en el jardín Brigitte había entrado ya en la casa, y se hallaba ante la caja fuerte, moviendo cuidadosamente el dial de la combinación. La caja estaba detrás de un cuadro, y su localización había sido muy sencilla para la hábil espía. Y, aunque no tan fácilmente, estaba convencida de que conseguiría abrirla. Durante su última estancia de perfeccionamiento en la Escuela de la CIA había hecho cosas más difíciles. Aquella caja era sólida, pero…

Oía los suaves crujidos del mecanismo de cierre a través de la gruesa puerta metálica, pero, además, su sentido auditivo se repartía hacia el resto del salón donde estaba la caja fuerte. Por eso captó perfectamente las pisadas tras ella, cinco minutos más tarde. Unas pisadas cautelosas, no las pisadas que habrían sonado de ser Priollet quien llegaba para advertirla de algo.

Había llegado el momento. Dio la última vuelta al disco de la combinación, tiró de la manecilla…, y la caja se abrió. Metió enseguida la mano…, y cuando la sacaba con un fajo de billetes

sonó tras ella la voz, por fin:

—Buen trabajo, señorita Montfort.

Brigitte respingó sobresaltada, al tiempo que la luz del salón se encendía. En el interruptor estaba Filipo, con una pistola en la mano. Y delante de ella, sonriendo fríamente, sin armas visibles, Anatole Sadiron, que preguntó:

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

Brigitte se mordió los labios. Miró el dinero que tenía en la mano y tartamudeó, muy convincentemente:

—Por favor, no me lastimen… Ya… ya sé que no puedo ofrecer… ninguna disculpa convincente, pero…

—Pero quizá se le ocurra alguna en pocos segundos. Usted parece una persona de imaginación muy viva. Yo diría que es… muy inteligente.

—Yo sí —suspiró Brigitte—. ¡Pero ese idiota…! ¿Dónde está?

—¿Se refiere a su amigo, el americano Tryon? Lo va a ver enseguida. —Se volvió, alzando la voz, y dijo—: Traedlo ya.

Salvatore y Goer entraron llevando a Armand Priollet entre ellos, sujeto por los brazos. Y realmente el hombre de Deuxième Bureau precisaba de aquel apoyo, so pena de caer al suelo. Tenía una ceja abierta, la cara llena de sangre, y un pañuelo lo amordazaba inexorablemente. Detrás de él y de Goer y Salvatore entraron Heydrich y Windell, cada uno empuñando una pistola.

—Tuvimos que golpearlo un poco —dijo con seca amabilidad Sadiron—, pero comprenda que en estas circunstancias…

Brigitte miraba furiosamente a Priollet.

—Te lo dije —le recriminó con acritud—: era demasiado precipitado. Teníamos que haber esperado un par de días más, asegurarnos de que ellos no iban a regresar tan pronto a la villa… No debí hacerte caso. ¡Eres un maldito idiota que…!

—Por favor, señorita Montfort, cálmese —aconsejó Sadiron—. No me parece justo que su compañero cargue con toda la culpa del fracaso… ¿Buscaban dinero?

—¿Qué otra cosa, si no? —se sorprendió la hipócrita espía.

—¿Sabían que yo tenía una buena cantidad en la caja?

—Este estúpido me dijo que usted no tenía cuenta abierta en el banco de Saint Honoré, y que por tanto era la… Bueno…

—¿La víctima más apropiada? —sugirió el alemán. Brigitte

quedó silenciosa, hosca. De pronto preguntó:

—¿Qué piensa hacer con nosotros? ¿Avisará a la Policía?

—Es lo lógico, ¿no? A menos que usted sugiera algo mejor.

—Podría dejarnos marchar —sonrió seductoramente Brigitte.

—Es una buena sugerencia… para ustedes. En cualquier caso antes de tomar una decisión me gustaría saber cómo han planeado este robo. Tal vez podamos… llegar a algún acuerdo.

—Bueno, él vino antes que yo a Saint Honoré, para que no sospechasen que trabajamos juntos. La gente es pacífica en balnearios tan discretos como este, bastante confiada… Intentamos planear algo en Evian, pero allí hay demasiada gente, y lo mismo en Thonon, que también está cerca de aquí… Bueno, nos decidimos por Saint Honoré, Jack llegó, estudió el terreno, investigó…, y le eligió a usted.

Sadiron los miraba a ambos conmiserativamente.

—¿No le parece una locura atreverse a robar en una casa donde viven seis hombres? —inquirió.

—Ustedes estaban en el Casino y en la plaza… Y este imbécil insistió en que lo hacíamos hoy o nunca.

—Es una profesión arriesgada la de ustedes —sonrió Sadiron.

—Solo cuando se trabaja con un estúpido —refunfuñó Brigitte fulminando a Priollet con la mirada—… ¡Cuando salgamos de esta no vuelvas a buscarme, cretino! ¡Olvídate de mí, y te agradeceré el favor! ¡Maldito idiota…!

—Bueno, bueno, no le insulte más —apaciguó socarronamente Sadiron—. Usted me parece una mujer audaz, pero su compañero… Lamentable. En fin, soltadlo. Que se vaya.

Goer y Salvatore no se inmutaron.

Soltaron a Priollet, que se apartó de ellos y se quitó la mordaza. Miró a Brigitte, miró a los demás presentes, y de pronto echó a correr hacia la terraza.

—¿Por qué le ha dejado marchar? —susurró Brigitte.

—Seguí su sugerencia. ¿No está satisfecha?

—Lo estaría si pudiera marcharme yo también.

—¿Tiene inconveniente en quedarse unos minutos?

—Sería absurdo negarme… Estoy a sus órdenes, claro.

—Magnífico. Salid a vigilar tres de vosotros. Los demás id a la cocina…, o a cualquier otro sitio. Ya os llamaré.

En un instante Brigitte y el alemán quedaron solos. Él la estuvo mirando entre curioso y aprobativo. Por fin sonrió.

—¿Quiere tomar algo? —ofreció—. ¿Tónica, quizás?

—*Whisky*, si no le importa.

—Por supuesto que no. Siéntese, siéntese. No, no… No es necesario que regrese ese dinero a la caja… Es suyo. —Se dirigió al mueble-bar, sirvió dos vasos de *whisky*, y se volvió hacia la petrificada espía, inquiriendo amablemente—: ¿Sorprendida?

—Mucho.

—Sí, es natural… Pero por favor, siéntese.

Brigitte se sentó, y Sadiron lo hizo ante ella, tendiéndole uno de los vasos. La espía inquirió calmosamente:

—¿Qué espera de mí a cambio de este dinero?

—No sea malpensada. Es un simple regalo. Una miseria.

—¿Una miseria? Calculo que hay unos diez mil francos.

—Miseria, miseria… Claro que todo es relativo en esta vida. Para mí es una miseria. ¿Le gustaría a usted ganar cien mil o doscientos mil, o quizás un millón…?

—¿Cree que es momento de bromas?

—Lo mejor será que empiece por el principio. Usted es muy hermosa, señorita Monfort: es inevitable fijarse en usted. Sin embargo, mi interés por su persona no se refiere de un modo directo a su belleza.

—¿Está proponiéndome algo, señor Sadiron?

—Efectivamente. De momento le diré que pienso dedicarme a… negocios diversos. Eso, claro está, cuando abandone Saint Honoré. Incluso Francia. Para esos negocios siempre es conveniente contar con gente sólida por una parte y con gente inteligente y audaz por otra parte… Si la parte inteligente corresponde a la mujer mejor que mejor. Usted es la mujer que yo necesito para ciertos trabajos… delicados.

—¿Qué clase de trabajos?

—Nunca lo sé hasta que llega el momento de hacerlos —sonrió Sadiron amablemente—… ¿Lleva usted armas? Quiero decir: ¿sabe manejarlas?

—Bastante bien, a decir verdad.

—Magnífico. ¿No se bebe el *whisky*?

Brigitte bebió sin dejar de mirar a Sadiron. Los planes de ella

estaban saliendo a la perfección… Tanto, que resultaba en verdad asombroso. Y, por otra parte, era absurdo suponer que Sadiron era tonto, de modo que él también debía de estar considerando que sus planes estaban cumpliéndose perfectamente.

—¿Contra quién tendría que disparar? —preguntó de pronto.

—Tal vez nunca contra nadie. Se trata de saber que usted estaría en condiciones de… defenderse. Ah, por supuesto entiendo que su enfermedad del corazón es una simple mentira, ¿no?

—Claro —sonrió Brigitte—. Nunca he estado enferma de nada.

—Excelente. Y muy afortunada. *Mens sana in corpore sano*… Es como… como si yo hubiese conseguido de pronto exactamente la mujer que siempre consideré adecuada a mi lado. ¿Acepta usted?

Brigitte miró los billetes que todavía tenía en la mano.

—Parece interesante —murmuró.

—Lo es. Interesante, agradable…, y muy remunerativo.

—Espero que todo esto no sea una broma…, una burla.

—Le aseguro que no. Bien, ¿podemos considerar que ya está trabajando para mí, señorita Montfort?

—Llámeme Brigitte, jefe —sonrió ella.

—Veo que comprende la situación —rio Sadiron—. Bien, ya tengo pensado un trabajo para usted, Brigitte. Vea, hasta el momento mis amigos y yo nos hemos ido arreglando, peor o mejor, pero consideramos que ha llegado el momento de variar de táctica.

—¿Me ha contratado de cocinera? —rio Brigitte.

—Por supuesto que no —rio también el alemán—. En realidad usted hará el trabajo de una… ¿cómo diría yo?… de una espía, sí. ¿Cree que podrá hacerlo?

—No sé… ¿Tendré que escuchar conversaciones, sonsacar a algunas personas, robar planos…?

—¡Por favor! —volvió a reír Sadiron—. Tiene usted una idea muy equivocada del espionaje, Brigitte. No, no se trata de nada de eso… Si bien es cierto que tendrá que espiar a una persona. Quiero que la vigile estrechamente, que me diga todo cuanto haga, con quién habla, qué dicen… Todo.

—¿Qué persona es esa?

—Está alojada en el Hotel du Lac. Es un hombre alto, recio, moreno… Debe de tener unos cuarenta y cinco años. Está inscrito con el nombre de Maxence Hallzand, y dice ser ciudadano

holandés… Pero ni se llama Hallzand ni es holandés.

—¿Es… un espía?

—En cierto modo. ¿Se ha fijado en él?

—La verdad es que no. Lo siento.

—Está en la *suite* seis. Vea esta fotografía de él.

Se levantó para entregársela. Brigitte contempló el rostro del tal Hallzand: enérgico, de grandes ojos claros y mandíbula recia.

—Lo recuerdo —murmuró—… Lo he visto en el comedor.

—Pues imagínese que él es una de sus víctimas de robo: piense que tiene mucho dinero y que usted piensa quitárselo… Tal como ha pretendido hacer conmigo. Pero sobre todo preste atención cuando le oiga hablar de la campana.

Brigitte apenas pudo contener una exclamación. Necesitó un gran esfuerzo para mostrar un asombro natural.

—¿La campana? ¿Qué campana?

—Usted vigílelo, y si habla de la campana con alguien esté segura de que toda su conversación será de gran interés para mí…, para nosotros. Lo tengo todo preparado para dentro de tres días, y no quisiera que ese hombre lo echase todo a perder.

—No entiendo nada de nada, señor Sadiron, pero haré lo que me ordena. ¿Algo más?

—Sí. Espero que no esté simulando aceptar esto como una… solución de emergencia a su problema por haber sido sorprendida robando. Hasta ahora mis amigos y yo nos hemos cuidado de vigilar a Maxence Hallzand, pero temo que nos hemos dejado ver demasiado; por eso la contrato a usted. Me… disgustaría profundamente que no pensase cumplir el pacto de trabajar para mí.

—Si siempre paga así, no se preocupe —mostró ella el dinero.

—Sería usted quien tendría que preocuparse —sonrió Sadiron—. Por otro lado piense que conmigo vivirá como una millonaria.

—Estupendo… Menos riesgo que antes y más dinero. ¿Le parezco tonta, señor Sadiron?

—Si me lo pareciese no la habría contratado. Buenas noches.

—¿Cuándo tengo que decirle algo sobre el señor Hallzand?

—Yo la requeriré a usted. Pero empiece ahora mismo a vigilar a Hallzand.

—De acuerdo. Hasta la vista…, jefe.

Sadiron se puso en pie, esperó a que Brigitte saliese por la terraza, y entonces volvió al bar. Se sirvió otro trago de *whisky*, y mientras lo estaba paladeando sonriendo irónicamente, con una frialdad que habría estremecido a Brigitte, regresaron sus hombres.

—¿Ha picado? —preguntó Goer.

—No seas estúpido. Esa mujer es más lista que todos vosotros juntos… ¿Picado? Digamos que ella y yo estamos jugando a ver quién se sale con la suya. Lo prefiero así, sin escándalo, que no me conviene en absoluto. Nada de tiros, ni peleas… Astucia contra astucia…, y que gane el que tenga más.

—¿Está seguro de que ella pertenece al Deuxième Bureau?

—Claro que sí. Igual que el otro. Pero en este juego el más listo es el que tiene que parecer más tonto.

—Pero usted le ha hablado de la campana…

—Quiero que ella camine sobre seguro, que esté convencida. Como es natural ella ha comprendido que yo también tengo mi juego oculto… De momento sabe que «lo tengo todo preparado para dentro de tres días». Puede que lo crea, puede que no…, pero mientras vacila nosotros seguiremos con nuestro trabajo en el lago. Sí, es un juego de astucia contra astucia… y lo ganaré yo…, naturalmente.

# Capítulo VI

Brigitte salió de la villa convencida plenamente de que Helmut von Mandle era un sujeto astuto, y, por supuesto, peligroso. Ninguno había engañado al otro. No lo bastante al menos, por el momento. Pero obviamente uno de los dos tenía que perder la partida…, y no tenía intenciones de ser ella quien la perdiese.

En cuanto al hombre llamado Maxence Hallzand, el falso holandés, ¿era o no era cierto que Sadiron temía algo de él? ¿O simplemente quería tenerla a ella ocupada vigilando a un hombre que no tenía nada que ver en aquel asunto?

Iba tan ensimismada caminando por el sendero bordeado de chopos, ya fuera de la villa de Sadiron, que vio al hombre demasiado tarde. Apareció de pronto ante ella con una pistola en la mano. Y al mismo tiempo otra mano llegó por detrás, tapando fuertemente su boca.

Sin duda aquellos hombres cometieron un error al hacer esto. Pensar que tapar la boca de Brigitte Montfort era solucionar algo fue un gravísimo error. Debieron ocuparse preferentemente de sus manos, de sus brazos, ya que la divina espía no era de las mujeres que se dedican a gritar, sino a pelear.

El de atrás lo comprendió muy pronto, cuando los dientes de Brigitte se clavaron profundamente en su mano. Y él sí gritó, sin poder contenerse… Un grito que se cortó bruscamente cuando el codo de Brigitte, impulsado hacia atrás y abajo, dio de lleno en su estómago, empujándolo violentamente, doblado sobre sí mismo.

El de delante también lanzó una exclamación, pero fue lentísimo para la agente de la CIA, que subió uno de sus pies, golpeando la mano que empuñaba la pistola. El arma saltó hacia atrás, y el hombre lo hizo tras ella, frenéticamente. Se tiró al suelo, la empuñó, se revolvió contra Brigitte…, y recibió un punterazo en el ojo derecho, que reventó espectacularmente, mientras la cabeza se

doblaba hacia atrás arrastrando todo el peso del hombre.

Sin transición Brigitte se acercó al otro, que estaba sacando la pistola que antes no había considerado necesaria para atacar a una mujer, máxime teniendo la ayuda de un compañero armado que apuntaría por delante a tan «indefensa víctima».

Brigitte se tiró contra el hombre a todo cuerpo, único medio de trabar su acción de sacar el arma, y el hombre desistió entonces, lanzando un grito de triunfo. Rodeó con los dos brazos la cintura de Brigitte, fuertemente, y colocó su barbilla sobre un hombro de la espía, apretando… La iba a aniquilar así, cuerpo a cuerpo… Y si ella no cedía a su fuerza, cedería su espalda… La columna vertebral se partiría como una rama seca…

Y de pronto, el hombre lanzó un ahogado bramido.

—¡Aaauuggg…!

El frío había entrado sorpresivamente en su cuerpo, por el estómago. Tuvo un instante de dolorosa vacilación, todavía sin comprender lo que estaba ocurriendo…, y Brigitte volvió a manejar su boquilla-puñal, hundiendo de nuevo el delgadísimo y aguzado acero en la carne del desconocido agresor, cuyos brazos aflojaron considerablemente la presión. Una tercera puñalada, ahora en la axila, expertamente aplicada, aflojó definitivamente el abrazo del sujeto, que retrocedió tambaleándose, con las manos crispadas en el estómago, jadeando, estremecido de dolor… Brigitte saltó hacia él, sin concederse un descanso que podría ser fatal. Su mano izquierda golpeó de canto, duramente, sobre la oreja del hombre, que cayó al suelo como fulminado, como aplastado súbitamente por un gran peso.

El otro se estaba arrastrando por el suelo, gruñendo de dolor… Era como si tener un solo ojo reventado le hubiese dejado ciego de los dos; sus manos se deslizaban por la tierra del sendero en busca del arma… La encontró junto a uno de los chopos, y se puso en pie tambaleándose, gritando de odio, de furia…

Se volvi6 listo para disparar, pero no vio a Brigitte con su ojo sano. Tembloroso de rabia comenzó a gritar, buscando a la muchacha…

Y la encontró.

Ella apareció de pronto por su derecha. Tenía una cosa en la mano… El hombre lanzó un aullido cuando aquella cosa se clavó en

su mano armada, aplastándola contra el tronco del chopo, clavándola allí. La pistola volvió a caer al suelo, y cuando se inclinó para recogerla una vez más notó el tirón en la mano clavada en el tronco, y un frío intenso, un estremecimiento violentísimo, sacudió su cuerpo… Cuando se dio cuenta su propia pistola estaba ante su rostro, y ante él vio el de la muchacha, la cual le mantenía en alto la cabeza por el doloroso procedimiento de tirar de sus cabellos hacia arriba.

—Ni un grito más —jadeó ella—. Ni un solo sonido más o disparo… ¿Me está oyendo?

El hombre se tragó los gritos de dolor, sin dejar de temblar, y Brigitte adelantó la pistola unos centímetros.

—¿Les ha enviado Maxence Hallzand? —quiso saber.

—Mi mano… ¡Mi mano! —jadeó el hombre.

Brigitte dio un fortísimo tirón de los cabellos, hacia un lado, de modo que el hombre tuvo que desplazarse, con lo que su mano sufrió cruelmente las consecuencias.

—¿Les ha enviado Maxen Hallzand? —repitió fríamente la espía.

El hombre estaba a punto de desmayarse, pero su lucidez era todavía la suficiente para comprender que el único modo de evitar aquel dolor insoportable era reunir fuerzas para contestar.

—Sí… Sí, el… el holandés nos ha… enviado…

Brigitte desclavó de pronto la boquilla-puñal, y el hombre cayó de rodillas ante ella. Ni siquiera habían llegado sus rodillas al suelo cuando ya Brigitte le golpeaba en la cabeza con la pistola. Un golpe fuerte, expeditivo, que desvió la caída del sujeto tirándolo de cara contra el chopo con un pómulo partido. Se aseguró de que estaba sin conocimiento y volvió junto al otro. Tiró la pistola hacia un lado del camino, limpió la boquillapuñal en las ropas del caído, y luego lo cogió con ambas manos por un pie y tiró de él hacia unos arbustos. Lo dejó allí y fue en busca del otro, al que arrastró por el mismo procedimiento.

Se disponía a registrarlos cuando oyó un ruido por el sendero… Recogió inmediatamente la pistola de uno de sus agresores y se acuclilló junto a estos, tras los arbustos. Pocos segundos después aparecía un hombre caminando cautelosamente en dirección a la villa de Anatole Sadiron…

Michel Padirac.

Brigitte se puso en pie y adelantó hacia el camino.

—Michel —llamó quedamente.

El apuesto francés respingó, volviéndose mientras metía la mano derecha en el bolsillo… Pero reconoció inmediatamente a Brigitte, y se acercó a ella, agitado.

—Brigitte, ¿qué estás…?

Vio de pronto a los dos hombres tendidos sobre la hierba, y su mirada regresó alarmada hacia la muchacha.

—Tranquilízate —sonrió ella—. Mi corazón sigue funcionando. Le echó los brazos al cuello y lo besó.

Michel Padirac se tensó un instante, pero enseguida correspondió al beso, y tuvo que ser Brigitte quien, finalmente, separase sus labios, suspirando.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Padirac.

—Me atacaron. Supongo que no te asombra demasiado que haya sabido defenderme de ellos.

—Claro que me asombra. ¿Cómo has podido matarlos tan en silencio? ¿Llevas pistola con silenciador…?

—Eres un delicioso aficionado, querido —rio Brigitte quedamente—. No sé si los he matado o no, pero sí sé que ni siquiera he tocado mi pistola…, que, naturalmente, llevo encima. Veamos cómo están ellos.

El del ojo reventado estaba desvanecido, simplemente. Pero el otro había muerto. Las dos puñaladas en el vientre habían sido demasiado resolutivas.

—Está… muerto —apenas pudo hablar Padirac.

—Lo siento.

—Pero si no pretendías matarlo no debes culparte por…

—Oh, no es por eso. Siento que haya muerto porque hubiese querido preguntarle algo. Pero espero que este otro contestará a mis preguntas… ¿Conoces a un hombre llamado Maxence Hallzand?

—No.

—Es holandés. Es decir, se hace pasar por holandés, pero ni lo es ni se lama Maxence Hallzand. Mucho me temo que, como Helmut von Mandle, esté aquí para quedarse con la campana.

—¡Lo sabes! —exclamó Michel.

—Me he ido enterando poco a poco. Al parecer yo era la única que no sabía que todos están buscando una campana… Lo cual le va

a costar a *Monsieur* Nez otros cincuenta mil francos.

—Brigitte, no te entiendo…

—¿No encontraste la nota en la mano de tu amigo, el que estaba de turno para seguirme? —sonrió ella.

—Él… él vino a decirme que le habías atacado, me entregó la nota… Es esta, ¿no? Brigitte la examinó rápidamente a la luz de su pequeña linterna.

Decía:

*Necesito unos minutos de libertad. Lo siento, Michel.*

—Esta es —asintió la espía—. Supongo que comprendiste que estaba cerca de Sadiron, ya que por la mañana muy temprano uno de tus amigos me estuvo viendo por aquí.

—¿Te diste cuenta?

—Eres adorable —rio la espía—. Y tus amigos también. Pero si queréis un consejo dedicaros a otra cosa. ¿Acaso pretendéis controlar a unos agentes del Deuxième Bureau, querido mío?

—¡Del Deuxième Bureau! —exclamó Michel—. ¡No es cierto!

Llevó rápidamente la mano al bolsillo, pero la pistola que todavía empuñaba Brigitte quedó apuntando a su pecho.

—Calma, querido. ¿Por qué no has de creerme?

—Tú no eres francesa. ¡No trabajas para el DB, por tanto!

—Soy un poco francesa y trabajo para el Deuxième Bureau, en este asunto…, y en otros, aunque sea norteamericana. Pero quiero decirte algo: si Saint Honoré perdió su campana a manos de los alemanes, yo perdí mucho más: mi madre. Ella sí era francesa. La fusilaron en Cherche Midi, me creas o no.

Michel Padirac estuvo unos segundos mirando aquellos ojos llenos de estrellas. Apenas podía ver otra cosa, pero era suficiente para él.

—Te ayudaré en lo que sea. Si hubiéramos sabido…

—Tenéis mucho que aprender.

—Entonces ¿tú eres…?

—Una agente secreto. Una espía, si lo quieres más… llamativo. Y fui enviada aquí, según me dijeron, para vigilar a Helmut von Mandle, o sea, Anatole Sadiron. Él también sabe cosas de la campana. Incluso es posible que sepa dónde está.

—No me sorprendería —dijo sombríamente Padirac—, porque él fue quien se la llevó, fue el último en verla.

—Pero no comprendo… ¿Por qué ese interés por la campana…, por una campana, por bonita que sea? Comprendo el interés vuestro, el de los habitantes de Saint Honoré, pero no puedo comprender el de von Mandle, el de ese hombre que se hace llamar Maxence Hallzand… Una campana de esas características tiene que pesar mucho… ¡No creo que pretendan llevársela como si fuese un… un *souvenir* cualquiera!

—No lo sé. Pero sí sé que von Mandle y sus hombres la buscan por el lago. Esta mañana y otras muchas anteriores.

—¿Él es el único que la busca?

—Que nosotros sepamos sí.

—Claro… Ese falso holandés quizás esté esperando que Sadiron la encuentre… para arrebatársela. Y ha enviado a esos hombres a por mí porque quizás ha creído que yo sé dónde está la campana… Quizás incluso crea que yo estoy trabajando para Sadiron vigilando en el hotel, en el Casino… Es posible que visite al señor Hallzand para… convencerlo de su error. ¿Qué pensáis hacer vosotros?

—Mis amigos y yo solo tenemos que esperar. Y cuando ellos encuentren la campana, cuando nosotros la veamos…

No hacía falta más explicación.

Brigitte lo entendía tan bien que comprendió que Helmut von Mandle no podía haber pasado por alto aquella eventualidad. Lógicamente tenía que haber contado con la posibilidad de ser reconocido en Saint Honoré por alguno de los viejos ciudadanos. Era imposible que no hubiese previsto aquella circunstancia. Asimismo debía de saber que si sacaba la campana no lograría jamás llevársela de Saint Honoré, porque ya no mandaba soldados alemanes, ya no era nadie. Ni siquiera un auténtico ciudadano francés. Y, sin embargo, parecía estar convencido de que él se quedaría con la campana.

La dichosa campana…

—¿Qué tiene de extraordinario o codiciable esa campana, Michel? —preguntó.

—Es muy grande…, muy hermosa.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Pues… nada más. Es la campana de Saint Honoré,

y nosotros la queremos en el campanario.

—Es absurdo —dijo pensativamente Brigitte; y acto seguido encogió los hombros—. ¿Tiene puerta trasera tu casa?

—Claro.

—Entonces vamos a llevar allí a estos dos hombres. Ya son más de las nueve… ¿Habrá mucha gente paseando por el pueblo?

—Por la plaza todavía quedarán bastantes personas, pero no por las calles de atrás. No creo que nos vea nadie.

—Pues vamos a llevarlos a tu bodega. Tengo deseos de hablar con el herido. Hay algo en esa campana, algo especial… Yo quiero saber lo que es. ¿Se te ocurre algún procedimiento para transportar a estos dos hombres?

Michel sonrió, se llevó dos dedos a la boca, y emitió un corto silbido agudo, y enseguida otro. Brigitte se arrodilló junto a los dos hombres y les quitó las billeteras. Ambos llevaban documentación, y parecía auténtica. El muerto se había llamado Axel Becker, y el que estaba desvanecido, hecho una piltrafa, se llamaba Hans Holzweber. Ambos eran ciudadanos alemanes…

Brigitte alzó la cabeza cuando oyó un rumor a su alrededor, y sonrió al ver aparecer a los amigos de Michel Padirac, el cual explicó:

—Ella está de nuestra parte, así que la ayudaremos. Cargad a estos dos hombres y llevadlos a mi bodega por Rue Volcane.

Brigitte se acercó a Richer, que parecía estar gruñendo algo, no muy conforme con el nuevo giro de la situación.

—Lo siento de veras —se disculpó—, pero cada uno tiene su manera de pelear por lo que quiere. Mi madre era francesa, y Francia… o una simple campana francesa tienen mucho significado para mí… ¿Amigos?

Tendió la mano. Richer vaciló, pero acabó por estrecharla. Entonces Brigitte se acercó más y le besó en ambas mejillas.

—*Vive la France!* —exclamó dulcemente.

En la semioscuridad vio las amplias sonrisas de orgullo… y de simpatía hacia ella. Cuando los veteranos del maquis se hubieron marchado con los dos alemanes Michel la abrazó.

—Tienes una manera muy especial de ganarte la voluntad de unos hombres difíciles de tratar, Brigitte.

—Ningún hombre es difícil de tratar —sonrió ella—. De un

modo o de otro todos tenéis vuestro punto flaco.

—¿De veras? ¿Y… cuál es el mío?

—La campana mayor de Saint Honoré —dijo Brigitte sin dudar.

—Oh… Bien, ese es uno de ellos. Pero tengo otro. ¿Cuál es, puedes adivinarlo?

—Sin duda. Tu segundo punto flaco se llama Brigitte Montfort. ¿Estoy equivocada?

—En absoluto —susurró Padirac, apretándola más contra él—. Tengo la impresión de que es poco menos que imposible que tú cometas una equivocación.

—Procuro evitarlas… ¿Sientes deseos de besarme?

—Enormes, intensos, profundos deseos —asintió él.

—*Et bien…?* ¿Qué estás esperando?

—Quería asegurarme de que tú también lo deseabas.

—Lo deseo, mi tierno espía…

# Capítulo VII

—Hans Holzweber.

Oyó el nombre como procedente de muy lejos.

Sentía la cabeza como prensada, o quizá como sumergida en algo. Además, le dolía horriblemente un ojo y una mano…

—Hans Holzweber —repitió la voz femenina—. ¿Es su nombre?

Lo recordó instantáneamente todo cuando notó el tirón en los cabellos y le fue alzada la cabeza. Entonces quiso abrir los ojos, pero tuvo una sensación rara, punzante… Vio a la muchacha delante de él sujetándole los cabellos, fría la mirada.

Y entonces acabó de recordarlo todo de verdad. Recordó que su mano había sido clavada a un árbol de una puñalada, y que uno de sus ojos estaba reventado… Quiso moverse y no lo consiguió. La mano que sujetaba sus cabellos dejó de hacerlo, y entonces Hans Holzweber pudo mover libremente la cabeza.

Estaba atado a un gran tonel de vino con una gruesa cuerda que pasaba por encima, quizá por detrás. Sus brazos estaban alzados y sus pies apenas llegaban al suelo… Delante de él estaba aquella diabólica mujer que lo había convertido en una piltrafa. A su lado había un hombre hermoso, alto, de hombros anchos, con los brazos cruzados sobre el pecho destacando bronceados sobre el negro jersey… Y a un lado había un quinqué que daba un tono casi siniestro al lugar.

—¿Me está oyendo bien, Hans Holzweber? —insistió la voz. Asintió débilmente con la cabeza.

—Magnífico —aprobó la mujer diabólica—. Tenemos pensado llamar a un doctor inmediatamente que usted conteste a nuestras preguntas. Lo de la mano no tiene importancia… Ya la he examinado, y no ha sido seccionado ningún tendón. Lo del ojo podría arreglarse apresurándonos a llevarle a Ginebra. Tenemos a su disposición un coche que lo llevaría allá en media hora. ¿Lo ha

entendido todo?

—Sí… Sí.

—Bien. ¿Qué pretendían hacer conmigo?

—Solo teníamos que… que capturarla y llevarla… hacia el lago… Allá hablaría con… con el señor Hallzand…

—¿Sobre qué? ¿Sobre una campana, quizá?

—No lo sé… ¡Le juro que no lo sé!

—¿Cuántos hombres tiene contratados el señor Hallzand?

—Cuatro.

—¿Y envió solamente dos a por mí? ¿No cree que el señor Hallzand me subestimó?

—Sí… Desde luego, sí.

—¿Dónde están los otros dos y el propio señor Hallzand?

—En el embarcadero… En una lancha cuyo nombre es Lis.

—Este interrogatorio es amistoso —dijo amablemente Brigitte—, pero quiero que sepa que antes de llevarlo a Ginebra vamos a verificar que todas sus respuestas sean ciertas. Si no lo son… Si no lo son temo que todos habremos perdido demasiado tiempo. Y su ojo será el más perjudicado.

—Le estoy… diciendo la verdad…

—Será lo mejor. ¿Dónde los contrató Hallzand a los cuatro?

—En Alemania.

—¿Alguno de ustedes estuvo antes en Saint Honoré por cualquier motivo o circunstancia?

—Yo no… Y creo que los demás tampoco.

—¿No les ha hablado nunca Hallzand de una campana?

—No, no…

—¿Desea una explicación completa, señorita Montfort?

La voz sonó en lo alto, al fondo, justo en el pequeño rellano de la escalera de piedra que descendía hacia la bodega. Una voz seca, dura, hiriente.

Michel Padirac quiso volverse y llevar la mano al bolsillo donde tenía la pistola, pero las dos manos de Brigitte se crisparon velozmente en su muñeca, impidiéndoselo, al tiempo que susurraba:

—No seas Loco, Michel. Es Hallzand, y está armado.

—Encomiable serenidad la suya, señorita Montfort: acaba de salvar la vida a su amigo…, por el momento.

Junto a él había dos hombres que, como él mismo, empuñaban

una imponente pistola Luger. Eran, evidentemente, los dos hombres que faltaban del grupo.

—¿Solo por el momento, señor Hallzand? —inquirió Brigitte.

—Depende de muchas cosas. Apártense de Hans, vayan hacia el fondo de la bodega. Sería lamentable que alguna bala no muy bien dirigida agujerease tan venerables toneles.

—Señor Hallzand, sáqueme de aquí —gimió Hans Holzweber—. Me estoy muriendo…

El falso Maxence Hallzand bajó lentamente los escalones de piedra, escoltado por sus dos vigilantes compinches. Se acercó a Holzweber y susurró fríamente:

—Tienes razón, Hans: te estás muriendo…

Alzó un poco más la pistola y disparó por tres veces. Con una sola bala, la primera, que entró directa al corazón de Holzweber, habría tenido suficiente. Las otras dos solo hicieron que atravesar carne ya muerta… y llegar a la madera del tonel, que se abrió en un diminuto agujero por el que empezó a manar champán empapando el cadáver de Hans Holzweber.

El falso holandés se volvió hacia Brigitte y Michel, que contemplaban la escena en muy diferente estado de ánimo. Mientras que Michel sentía hervir la sangre ante aquel frío asesinato, Brigitte permaneció inalterable. De sobra sabía ella que a veces ocurrían estas cosas. En aquella ocasión el desdichado Hans Holzweber era como un pura sangre que se ha roto las patas: hay que matarlo para ahorrarle sufrimientos… y ahorrarse de paso el gasto y el compromiso de continuar manteniendo un animal inutilizado.

—Observo que no se ha alterado, señorita Montfort.

—No tengo por qué. Estoy acostumbrada a la muerte, y ya no me altera en absoluto.

—¿Ni siquiera la suya?

—Yo todavía no he muerto ninguna vez —sonrió Brigitte—. Y le aseguro que han sido muchas las personas que han intentado matarme. Todas ellas están… precisamente donde está ahora su amigo Hans.

—¿Mató usted a esas personas?

—Evidentemente.

—¿Para quién está trabajando? Como ve ahora me toca mí hacer

preguntas. Me llamó la atención su interés por… Anatole Sadiron y todavía más cuando supe que usted y su compañero habían visitado la villa y solo su compañero se marchó, quedándose usted allá… ¿Cuál es su relación con Anatole Sadiron?

—Supongo —sonrió burlonamente Brigitte— que se refiere usted al comandante Helmut von Mandle.

—Podemos llamarlo así, si le gusta más.

—Estaba usted tan intrigado que sin duda fue eso lo que le impulsó a enviar dos desdichados a capturarme, nada menos. Hasta es posible que confinándome en su lancha Lis y dándome el tratamiento adecuado pensara obligarme a decirle dónde está exactamente la campana.

—Me maravilla usted. Bien: ¿dónde está?

—En el fondo del lago, ¿no? —sonrió de nuevo la divina.

—Así es. Pero… ¿dónde exactamente?

—Eso no lo sé.

—¿No? ¿Acaso no está usted trabajando para von Mandle?

—Quizás él crea eso, pero en realidad yo estoy trabajando para el Deuxième Bureau.

—Grandiosa… e increíble sinceridad la suya. ¿Sabe ya el Deuxième Bureau dónde está la campana?

—No estoy segura. A mí también me engañaron.

—¿A usted? ¿Quién la engañó?

—El Deuxième Bureau. Se me envió aquí con el encargo de vigilar a Helmut von Mandle, pero sin decirme absolutamente nada sobre la campana. He pensado que esperaban de mí que, simplemente, les avisase cuando von Mandle tuviese la campana para entonces intervenir el Deuxième Bureau directamente y quedarse con ella. Como sea, lo cierto es que se me ocultó la existencia… o, por mejor decir, el asunto de la campana.

—Increíble. ¿Y por qué le hicieron eso tan desconsiderado?

—Precisaban mi ayuda, pero quien requirió mis servicios me conoce bien, y sabe que siempre quiero llegar al fondo de las cuestiones. Por lo que sea, debió de pensar que no era conveniente que yo supiese la verdad sobre la campana.

—¿Por qué?

—Quizá sea porque pertenezco a la CIA.

—¡No la creo! —Respingó Hallzand.

—Como guste. ¿Cuál es el misterio de esa campana? ¿Por qué me ocultaron lo referente a ella?

—Tal vez porqué vale cien millones de francos.

Al oír esto Michel Padirac se echó a reír de muy buena gana. Hallzand le miró hoscamente, y gruñó:

—¿De qué se ríe usted?

—Del precio de la campana… ¡Cien millones de francos! ¡Usted está loco! ¡¡¡Cien millones de francos!!!

—De los antiguos, es decir, un millón de los nuevos. O sea, casi un millón de marcos. Sé muy bien lo que estoy diciendo.

—Es posible —intervino Brigitte—, pero nosotros no le entendemos, señor Hallzand.

—Mi verdadero nombre es Carl Kielche, y soy alemán. Durante la guerra estuve aquí con von Mandle. Él era comandante, y yo un simple oberleutnant a sus órdenes. Estuve presente cuando fueron requisadas las campanas de la iglesia de Saint Honoré. Cuando nos retiramos, von Mandle se las llevó en un camión… Los maquisard le persiguieron para recuperar las campanas, pero él dejó dos en el camino y consiguió llegar con la otra al lago… En realidad lo tenía todo planeado así. La colocó en una gabarra que había mandado construir y la llevó en ella hacia el centro del lago… Allí la dejó caer al fondo… ¡Y ahora yo quiero esa campana!

—¿Y ha tenido que esperar veinte años para conseguirla? ¿Por qué? ¿Cómo no vino a buscarla mientras Helmut von Mandle permanecía veinte años encarcelado por crímenes de guerra?

—Cuando evacuamos Saint Honoré él se fue con media docena de soldados y el camión, y yo tomé otro camino para evitar entrar en territorio suizo… Nunca he sabido dónde escondió von Mandle la campana hasta que salió de la prisión francesa. Lo estaba esperando, siempre estuve pendiente de él. Le vigilé mientras estuvo un mes y medio en Alemania después de salir de la prisión. Cuando se vino aquí comprendí la verdad. Solo entonces.

—¿Cuál verdad?

—Él mató a los seis soldados alemanes, arrojándolos también al lago, asegurándose así de que nadie sabría dónde escondía la campana. Luego se las arregló para regresar junto a nuestras tropas y dijo que los *maquisard* les habían atacado, que él había conseguido escapar… Todo era creíble, naturalmente, y así

quedaron las cosas. Solo tenía que esperar el final de la guerra y volver a por la campana, pero yo llevo también veinte años esperando, y ya veremos quién se queda con la campana.

—¿No le parece absurdo valorar esa campana en cien millones de francos? Ni aunque fuese de oro valdría…

—Es de platino.

Michel Padirac soltó un bufido, mientras Brigitte opinaba:

—Eso es una tontería.

—Cien millones de francos en platino requisado durante la ocupación en Francia. Conseguido de diversas maneras por medio de rapiñas de toda clase, saqueos, crímenes execrables… Usted sabe que en todas las guerras hay gente como von Mandle y quienes le acompañaron en sus tropelías criminales. Bueno, finalmente el platino fue fundido y convertido en lingotes. Todos los lingotes fueron colocados en el interior de la campana, cuya boca se obturó con barrotes de hierro que fueron soldados, y sobre ellos se colocó una capa de tablones de madera… Se decía que la campana había sido sellada, pero en realidad lo que se pretendía era que nadie viese lo que había dentro. Los que sabíamos la verdad tuvimos que aceptar la versión de von Mandle, es decir, que los franceses la había recuperado, y que algunos más listos se habían quedado el platino y escondido para siempre la campana, pues si la hubieran repuesto en su campanario tarde o temprano les habríamos pedido cuentas. De ese modo, sin embargo, simplemente la campana y su contenido se dio por perdida para siempre.

—Hasta ahora. ¿O no está ya en el fondo de lago?

—Tiene que estar ahí. De otro modo von Mandle no habría vuelto jamás a este lugar. Pero lo ha hecho, y todos sabemos que sus hombres están explorando el lago. ¡Está clarísimo!

—Sí, lo parece, al menos.

—Ya verá cómo aparecerá la campana. En mi lancha tengo sopletes y sierras modernísimas; será facilísimo serrar o cortar los barrotes soldados al borde de la campana, quedarse el platino…, y tirar nuevamente la campana al lago.

Michel Padirac se mordió los labios y pareció a punto de saltar hacia Carl Kielche, pero Brigitte se lo impidió abrazándose tiernamente a su brazo, sonriendo.

—Es una idea excelente, señor Kielche. Pero usted tiene razón:

antes es preciso que aparezca la campana.

—Cierto. Y usted va a ayudarme. Su compañero no quiso hacerlo, pero usted lo hará.

—¿A qué compañero se refiere?

—Al gordito que se marchó de la villa de Sadiron, el que decía ser americano y llamarse Jack Tryon… ¿Cuál era su verdadero nombre?

Brigitte palideció, pero se mantuvo serena.

—Armand Priollet —susurró—. Súbdito francés, en funciones activas para el Deuxième Bureau… ¿Lo han matado ustedes?

—Era un tipo muy duro —aseguró Kielche—. Esperemos que usted no lo sea tanto… ¿Dónde está exactamente la campana?

—No lo sé.

—No sea necia. Puedo esperar a que von Mandle la encuentre y entonces quitársela… Mi lancha soportará el peso de esa hermosa campana el tiempo necesario para sacar el platino de su interior. Es una lancha potente, más aún que la de von Mandle… Preferiría no pelear con él, no recurrir al plomo para tener el platino… ¿Me comprende? Por eso, espero que usted me diga dónde está la campana, y eso evitará enfrentamientos. ¿Dónde está?

—No lo sé. Y por mucho que mi frase le parezca tonta, le diré que aunque lo supiese no se lo diría jamás.

—¿Eso cree? Bien, pónganse los dos en aquel rincón, completamente al fondo. Así. Vosotros, Linden, Walzel, convencedlos de que deben decirnos dónde está la campana. Yo os cubro con mi Pistola.

Walzel y Linden guardaron las suyas, sacaron unos puños de hierro de agudas puntas, y se los colocaron en la mano derecha forrándola con aquella terrorífica pieza de castigo. Un solo golpe con uno de aquellos puños no solo podía romper con toda facilidad cualquier hueso, sino producir desgarraduras de toda clase en un cuerpo humano, triturarlo todo…

—Primero golpead a la chica en la cara —sugirió Kielche—. En la boca, pues ya que no quiere hablar no va a necesitarla… Quiero ver su cara destrozada ahora mismo.

Los dos hombres se acercaron a Brigitte lentamente, alzando los puños de hierro bien colocados sobre sus nudillos. Michel Padirac lanzó de pronto un grito y saltó contra ellos, pillando de sorpresa a

Linden, acertándolo de lleno en el estómago con un tremendo puñetazo que lo envió hacia atrás demudado el rostro y dando traspiés. Pero Walzel golpeó a Michel con el puño de hierro en un costado y el resultado fue terrible. Se oyó un seco crujido, Padirac palideció, quedó inmóvil, sin aliento, como petrificado… El segundo golpe, propinado también por Walzel le acertó casi en el mismo sitio, y de nuevo se oyó un crujido estremecedor… Michel Padirac fue lanzado contra la pared mientras en su costado empezaba a aparecer una mancha brillante, espesa, de un líquido cuyo color no se podía definir sobre el fondo negro del jersey.

Lívido como un muerto Padirac empezó a deslizarse hacia el suelo, mientras Walzel alzaba de nuevo el puño, fija su mirada en la cara del apuesto francés. Linden se colocó a su lado, también alzando la terrible arma de mano, relucientes los ojos de rabia, de deseos de devolver con creces el golpe recibido…

Brigitte había alzado un momento los ojos, y, de pronto, se lanzó contra los dos alemanes, empujándolos, apartándolos del lugar donde estaba a punto de desvanecerse el apuesto francés, al que sostuvo hasta depositarlo en el suelo, tendiéndolo completamente y colocándose a su lado.

Linden y Walzel rieron burlonamente, pero Carl Kielche pareció presentir el peligro, y se volvió hacia lo alto de la escalera alzando la pistola.

Gritó agudamente cuando vio a los cinco hombres en lo alto de la escalera…, pero su grito se confundió con el rugir de los subfusiles que dos de los veteranos del maquis estaban manejando ferozmente.

Dos chorros de balas partieron con gran estruendo hacia Kielche, Linden y Walzel. En un instante la bodega se llenó de acre humo negro, mientras cuarenta balas se repartían entre tres cuerpos que giraban de un lado a otro tan violentamente que parecían a punto de romperse por los varios puntos rojos que marcaban los agujeros de las balas. Chocaron entre ellos, contra los toneles, contra el todavía suspendido cadáver de Hans Holzweber, tropezaron con el cadáver rendido de Axel Becker, cayeron, se incorporaron, volvieron a caer…

Cuando la granizada de balas cesó los tres hombres formaban un trágico montón en el rincón opuesto al ocupado por Brigitte y

Michel. Y desde lo alto de la escalera Bizard comentó, tosiendo por efectos del humo de la pólvora quemada:

—Siempre dije que conviene tener un arma en casa… Y esta —alzó la metralleta— era un buen recuerdo de tiempos peores. ¿No es cierto, Richer?

—Cierto —asintió el otro veterano maquisard.

Brigitte estaba ayudando a Michel a incorporarse, si bien el atlético francés prescindió pronto de ella, que palpó suavemente su costado mientras él, rodeado de sus amigos, se mordía los labios.

—Creo que tienes dos costillas rotas, Michel. Será mejor que vayas a acostarte. Avisaremos a un méd…

—¡No! Primero dime qué piensas hacer tú.

—Tengo que buscar a Armand Priollet. Mucho me temo que lo hayan matado.

—Iré contigo.

—No seas terco. No estás en condiciones de andar por ahí.

—Sé muy bien cómo se atienden dos costillas rotas. Bastará una tira ancha de esparadrapo bien colocada.

—Como quieras. Mientras haces eso buscaré a Armand… Arreglad un poco esto, esconded los cadáveres… ¡Y tapad esos agujeros de los toneles! Sería una lástima que se desperdiciara este champán. ¿Se habrán oído fuera los disparos?

—No creo —contestó Michel, mientras los demás sonreían y se disponían a evitar más derramamiento de champán—. ¿Dónde nos encontraremos?

—Esperadme aquí. Si dentro de dos horas no he vuelto id a la villa de Anatole Sadiron, matad a sus hombres y obligadle a que os diga dónde está exactamente la campana… No puedo hacer otra cosa, por el momento, sin saber qué ha sido de Armand.

* * *

Estaba muerto, en efecto.

Muerto a golpes en su *suite* del hotel. Los puños de hierro de Walzel y Linden habían triturado brutalmente su cuerpo rollizo, su simpático rostro de bebé gordito. Tenía manchas de sangre ya coagulada en todo el cuerpo y en la cabeza. Sus ojos habían quedado abiertos, fijos, llenos de espanto, de dolor…

Brigitte se los cerró, con mano un tanto temblorosa.

—Debiste decirme la verdad desde el primer momento, Armand —susurró.

Pero ya de nada valían las lamentaciones ni los reproches. *Monsieur* Nez debió darle órdenes severas al respecto, y lo único que podía hacer el agente Priollet era obedecerlas. Cierto que, puesto que habían recurrido a ella, debieron ser más sinceros, pero… tal vez alguien pudo pensar que ella iba a avisar a la CIA para llevarse la campana a Estados Unidos… Era todo absurdo.

Cubrió el cadáver con una manta y salió de la *suite*.

Por el momento no podía hacer otra cosa por el pobre Armand Priollet. Pero sí por la campana de Saint Honoré.

* * *

Anatole Sadiron miraba incrédulamente a Brigitte. No sabía si aquella chica estaba loca o su audacia sobrepasaba todos los límites por él conocidos.

—¿Es una broma? —murmuró.

—Ninguna broma, Helmut von Mandle. Es la última palabra de los maquisard de Saint Honoré: para usted el platino, para ellos la campana. Si no acepta el trato temo que jamás conseguirá sacar esa campana del fondo del lago.

—¿Está segura de que Kielche y sus hombres han muerto?

—Segurísima. Usted ya no tiene obstáculos. Solo los que representan unos cuantos hombres que harán cualquier cosa por recuperar esa campana… Y si quiere un buen consejo acepte el trato ahora, antes de que ellos piensen en la conveniencia de ponerlo todo en conocimiento de la Policía francesa o del Deuxième Bureau.

—¿Me cree tonto? ¡Usted es del Deuxième Bureau!

—Se equivoca. Soy norteamericana, y trabajo para la CIA. Aunque es cierto que fui contratada especialmente para este trabajo por el Deuxième Bureau. Pero…

—¿Pero…?

—No me gusta que me engañen… Ni siquiera el Deuxième Bureau. Bien, ese es el último trato: la campana para Saint Honoré, el platino para usted…, y el diez por ciento para mí. Pero ha de ser ahora, pronto. Esta misma noche.

—¡Imposible!

—¿Intenta hacerme creer que es cierto que tenemos que esperar tres días para sacar esa campana?

—No… Tengo el equipo cerca de aquí, esperando el momento oportuno… Puede estar todo montado mañana al amanecer y en pocos minutos tendríamos la campana sobre la balsa de la grúa.

—¿Dónde tiene ese equipo?

—Cerca de aquí —sonrió el alemán.

—Llámelo. Que empiecen el trabajo ahora. Queremos cada uno nuestra parte cuanto antes mejor, ¿no es cierto?

—Cierto y lógico.

—De acuerdo entonces. Estaremos junto al lago en todo momento. Queremos ver llegar ese equipo con la grúa, y ver que empiezan a trabajar inmediatamente. Se lo advierto: no nos apartaremos de la orilla del lago, no podrá engañarnos. Y sepa que estamos todos armados.

—Está bien. Acepto el trato. Dentro de dos horas mi equipo empezará a buscar la campana. Mientras tanto usted y sus amigos pueden hacer lo que quieran. Por mi parte, ya que sé que es un trabajo que durará hasta el amanecer, creo que dormiré como si nada estuviese ocurriendo. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno. Nos veremos al amanecer.

—Adiós.

Brigitte se marchó, y poco después von Mandle sonreía irónicamente, secundado por sus hombres.

—De acuerdo… Heydrich, llama al equipo: que empiecen su trabajo según las instrucciones que ya conocen. Yo llamaré a Lausana para que preparen, por fin, el lanchón… Y mientras la inteligentísima Brigitte y sus amigos se dejan los ojos esta noche mirando los trabajos de ese equipo de estúpidos nosotros nos llevaremos la campana lago adentro en la otra lancha… Cerca ya de Lausana, y en aguas suizas, la Policía francesa no podrá hacer nada, y el platino subirá dentro de la campana al lanchón. Dejad las luces encendidas, y después de llamar saldremos por la ruta de escape que tenemos preparada. Hay que prevenir la posibilidad muy lógica de que Brigitte Montfort esté vigilando la villa, porque es tonta, sin duda pero me resisto a creer que lo sea tanto.

—No nos verá salir —rio Salvatore.

—Po supuesto que no. Pero si además dejamos las luces encendidas creerán que continuamos aquí. Bien… Dentro de pocas horas estaremos en Lausana con cien millones de francos… Ya os dije que ganaría la partida.

# Capítulo VIII

Helmut von Mandle y sus hombres salieron en la lancha que ya tenían preparada para tal eventualidad en otro punto del lago y llegaron al lugar que les interesaba en menos de media hora, habida cuenta de que no utilizaron los motores, sino los remos.

Ya en el punto exacto, von Mandle preguntó:

—¿Seguro que la campana está en condiciones de ser remolcada, Windell?

—Seguro. Está bien rodeada por los cables que usted nos iba entregando. Quitamos las maderas que tapaban la boca, de modo que los cables pasan por entre los barrotes soldados que sostienen los lingotes de platino dentro; además está bien rodeada de cable fino. Es imposible que se nos escape.

—Magnífico… Bien, bajad a por ella mientras yo comunico con Lausana por radioteléfono. Todo va a terminar muy pronto.

Mientras sus hombres se colocaban los equipos y se proveían de las luces que iban a necesitar para realizar aquella operación nocturna Helmut von Mandle bajó a la pequeña cabina de la lancha, donde entre otras cosas estaba el radioteléfono, cuya central estaba en Lausana. Pidió un número de esta ciudad, esperó unos segundos, y luego oyó la voz de su cómplice claramente.

—¿Diga?

—Gerar, soy Anatole. Estamos ahora amarrando el cable de arrastre. Luego, si podemos, la colocaremos en una de esas largas planchas de madera, de modo que aún resultará más fácil remolcarla entre dos aguas.

—Entiendo. ¿Alguna dificultad?

—Siempre hay dificultades. Pero ya están solucionadas.

—Era de esperar. ¿Funcionará el artefacto?

—Mi parte sí.

—La mía también, puedes estar seguro.

Helmut von Mandle sonrió cruelmente. Por supuesto un millón de marcos es dinero suficiente para que unos cuantos hombres disfrutende él, pero siempre pueden disfrutarlo mejor dos hombres solos que ocho o diez. En cuanto la campana hubiese sido pasada al lanchón con la pequeña grúa que Gerar Limouse tenía preparada, él pasaría también al lanchón, dejando a sus hombres en la lancha. Tal como estaba convenido ellos se quedarían un par de horas más en el lago antes de desembarcar en Lausana…

Es decir, eso es lo que ellos creerían…, hasta que la carga de plástico estallase en la quilla de la lancha, enviándolos a todos y los pedazos de la lancha a muchos metros de altura, destrozados. Para entonces los hombres que habían dirigido todo aquello, es decir, él y su socio Gerar Limouse, estarían ya en Lausana, y el platino habría sido trasladado a un coche convenientemente preparado y el lanchón abandonado. Luego, y puesto que nadie tenía idea ni siquiera remota de que Gerar Limouse, súbdito suizo, tuviese el menor trato con él, le traspasaría la propiedad de la villa de Saint Honoré bajo nombre falso, y Gerar Limouse la volvería a vender sin dejar pistas. Así se recuperaba casi todo el dinero que Limouse había invertido, y, además, ellos se repartirían el millón de marcos.

Perfecto.

—¿Estás ahí, Anatole?

—Sí, sí. Estaba pensando en las Hawai… ¿Me tienes preparada la nueva identidad?

—Todo está listo.

—Estupendo —suspiró von Mandle—. No es demasiado dinero el que tendré, poco más de ciento veinticinco mil dólares…, pero será suficiente para acabar mis días lejos de todo esto, tranquilamente, en esas hermosas islas del Pacífico…

—Han sido veinte años muy duros, ¿eh?

—Durísimos. Pero no importa ya, porque no pueden recuperarse. Solo vivir los que me quedan.

—Es un modo sensato de pensar. ¿Alguna cosa más?

—No. Supongo que vas a zarpar ya de la orilla de Lausana.

—Ahora mismo. ¿Estarás en el punto convenido? ¿Seguro?

—Seguro. Pero si todavía no hubiera llegado recuerda que tienes que esperarme sin luces. Tranquilo.

—De acuerdo. Hasta luego.

Helmut von Mandle cortó la comunicación y subió a la cubierta. Tres de sus hombres estaban ya listos para la inmersión.

Casi una hora más tarde Heydrich se dejaba caer sobre cubierta, jadeando; y mientras Filipo y Goer ayudaban a subir a Salvatore y Windell, él informó al impaciente von Mandle:

—Está listo todo. El cable ha sido bien atado a los que ya rodeaban la campana como una red. Solo hay que poner en marcha la lancha… Pero no a remo ahora.

—Por supuesto que no. Estamos lejos de la orilla, así que podemos utilizar los motores. Y mientras la inteligente Brigitte está con esos estúpidos franceses vigilando la otra lancha nosotros nos vamos en esta. *Voilà*! —Se echó a reír.

Y sin dejar de reír se colocó ante los mandos y puso en marcha el vehículo anfibio. Los modernos motores gemelos rugieron fuertemente, pero su sonido, si es que llegaba hasta la orilla donde estaba el pueblecito sin campana mayor, sería absorbido por los ruidos que ocasionase el equipo de desdichados que estarían preparando unos trastos inútiles destinados a engañar a Brigitte Montfort y a los franceses. Estaba todo demasiado bien preparado para que hubiese el menor fallo. Como era natural él había previsto la posibilidad de ser reconocido, de que le pusiesen trabas o intentasen algo contra él. A tal fin, y para aplacar los ánimos, había ya planeado el asunto: diría a los franceses que pretendiesen molestarle que todo lo que él quería era recuperarles la campana, pero que no había querido poner su acto de arrepentimiento en conocimiento de ellos hasta estar seguro de poder ofrecerles la campana y ser perdonado.

Sí, estaba todo demasiado bien planeado para que una estúpida mujer y unos pocos franceses atrofiados pudiesen significar una dificultad digna de consideración en sus planes.

Veinte minutos más tarde, justo cuando calculaba que estaba en la frontera entre Suiza y Francia sobre las aguas del lago Leman, paró los motores de la lancha, que quedó flotando silenciosamente sobre las negras aguas… Frunció el ceño al no ver el lanchón allí, pero se calmó pronto. No iba a ponerse nervioso cuando todo estaba a punto de terminar.

Otros quince minutos después apareció el lanchón, sin luces, solo con dos rayas de pintura reflectante en la proa. Un solo hombre

lo manejaba: Gerar Limouse, su cómplice de Lausana, Von Mandle saltó a bordo del lanchón y Limouse inquirió ansiosamente:

—¿La traéis?

—Claro. Ahora la subiremos. ¿Has traído las herramientas?

—Desde luego. Bien, ¡manos a la obra!

Fue tarea muy dura subir la campana a bordo del lanchón, y hasta hubo momentos en que pareció que sería imposible… Aparecía como un extraño monstruo surgido del fondo del lago; un monstruo macizo, rodeado de cables y adornado con una espesa capa de plantas acuáticas que brillaban extraordinariamente a la luz de la luna.

Por fin, tras una hora de agotadores esfuerzos y gruñidos de malhumor por parte de los hombres de von Mandle, la campana estaba a bordo del lanchón, que en algún momento incluso había parecido a punto de naufragar. Entre la grúa y los esfuerzos de seis hombres fue colocada en el centro, y el lanchón se estabilizó.

—Son casi las dos —jadeó von Mandle—… En menos de una hora habremos serrado los barrotes de hierro y tendremos el platino.

Así fue. Una hora más tarde todos los componentes del grupo acariciaban y sopesaban los lingotes de platino, riendo.

—Está bien —suspiró von Mandle—, no perdamos más tiempo. Devolvamos la campana al fondo del lago, todos a una. Tú a la grúa, Goer. ¡Vamos, vamos…!

Y justo en aquel momento una potente luz cayó sobre ellos procedente de la izquierda y otra del frente. Y en el silencio de la noche, solo roto por el leve murmullo de las aguas, se oyó fortísima, ampliada por un megáfono, la voz de Brigitte Montfort:

—¡Está bien ya, von Mandle! ¡Ahora tiren sus armas y dispónganse a pasar prisioneros a nuestras lanchas! ¡Todo ha terminado…, y gracias por sacar la campana del fondo del lago!

Helmut von Mandle quedó aturdido, paralizado, estupefacto.

—¿Qué significa esto, Anatole? —exclamó Gerar Limouse.

—No… no lo sé…

—¡Yo no pienso entregarme! —estalló de rabia Windell—. ¡Ahora verán esos franceses lo que…!

Saltó a la lancha en la que habían viajado hasta encontrarse con el lanchón y fue adonde había dejado sus ropas, de entre las cuales

sacó su pistola. Los demás estaban ya junto a él, también dispuestos a pelear por los cien millones de francos. Tras reaccionar, von Mandle era el más furioso de todos. Se metió en la cabina y salió con un rifle y una pistola lanzabengalas. Disparó la bengala al cielo, y este se iluminó con rojo resplandor. Entonces fueron apagadas las luces que los enfocaban, y de nuevo se oyó la voz de Brigite Montfort:

—¡Muchas gracias por la iluminación, von Mandle…!

Este se apoyó con el vientre en la borda, apuntando a Brigitte, tan visible como él mismo ahora, a unos cincuenta metros.

—¡Esta es mi respuesta! —gritó. Iba a apretar el gatillo. Pero antes de que pudiese hacerlo comenzaron a oírse los estampidos de los subfusiles del maquis francés.

* * *

*Monsieur* Nez dejó caer la sábana sobre el cadáver de Armand Priollet y, observado por el jefe del puesto de gendarmes de Saint Honoré, se acercó a la ventana y miró hacia la orilla del lago, que empezaba a distinguirse a las primeras luces del día.

*Monsieur* Nez estaba terriblemente deprimido cuando preguntó:

—¿Está seguro de que todo va bien?

—Espero que sí, señor. Mucha gente del pueblo ha ido con ella, utilizando todas las embarcaciones de que disponíamos. No sé por qué estoy convencido de que la señorita Montfort triunfará.

—Si dentro de otra hora no han vuelto iremos a buscarlos. ¿De cuántos hombres dispone?

—De tres. —Y viendo el gesto de desánimo de Nez, agregó—: Saint Honoré es un pueblo pequeño y tranquilo, nunca han hecho falta más gendarmes. Pero puedo llamar a Thonon y Evian pidiendo que nos envíen… ¡La campana!

Lo último había sido más bien un grito. El gendarme estaba pálido ahora, pero sus ojos brillaban intensamente, expresando una profunda alegría.

—¿Qué? —masculló *Monsieur* Nez.

—La campana. —El hombre apuntó hacia el cielo con un dedo tembloroso—… ¿No la oye, señor? ¡La campana de Saint Honoré!

Los tañidos se oían cada vez más fuertes, más vibrantes, más

nítidos. En la calle empezó a oírse un rumor que fue aumentando. Pero ya el tañido de la campana parecía ahogarlo todo, sonar por encima de cualquier otro sonido del mundo… Mucha gente pasaba corriendo por delante del edificio policial, vestidos de cualquier manera. Mujeres, niños, ancianos, hombres en pijama, gritando todos sofocados y corriendo hacia la orilla del lago…

—Mon Dieu —gemía el gendarme—… ¡La campana! Venga conmigo, señor: ¡la Segunda Guerra Mundial ha terminado…, ahora sí!

Fueron a toda prisa a la orilla del lago, donde estaba congregado todo el pueblo de Saint Honoré, mirando el lanchón que llegaba rodeado de lanchas y barcas. En el centro del lanchón estaba la campana mayor, alzada por la cruz por cinco o seis hombres a cada lado mientras otros dos, con los barrotes que antes habían cerrado su gran boca sonora, la golpeaban rítmicamente, una y otra vez, lanzando al cielo del amanecer los finos tañidos tan nítidos…

Y junto a la campana, abrazada a Michel Padirac, que la abrazaba a su vez por los hombros, Brigitte Montfort una vez más triunfante.

La campana de Sait Honoré regresaba a su campanario.

* * *

*Monsieur* Nez asintió nerviosamente con la cabeza.

—Sí, sí, lo entiendo todo, y me parece maravilloso, señorita Montfort. Pero el platino… ¿dónde está?

—¿Qué platino, *Monsieur*?

—¡El que había dentro de la campana!

—¿Había platino dentro de la campana, *Monsieur*? —sonrió secamente Brigitte.

Pareció que la gran nariz del espía francés se estremecía de rabia. Pero de pronto se calmó. Miró hacia la orilla del lago, donde cientos de personas se agolpaban alrededor de la campana para tocarla, para golpearla con las barras de hierro, acariciarla…

—De acuerdo —masculló—, la engañé. No quería que supiera lo del platino porque la recuperación de algo supone, para agentes contratados, el diez por ciento del valor del hallazgo. Usted lo sabe.

—Así es. ¿Tiene disponible ese… premio a mi labor?

—¡Lo convenido fueron veinticinco mil francos…!

—Quiero mi diez por ciento. Esa es mi tarifa de espía… por esta vez. Quizás en otra ocasión, cuando usted juegue limpio, dicha tarifa será más modesta. ¿Y bien, *Monsieur*? —Se mostró fría.

*Monsieur* Nez titubeó, miró los gélidos ojos azules, y por fin sacó un talonario, extendió un cheque y lo entregó a Brigitte.

—Y ahora dígame dónde está el platino —gruñó.

—Vaya adonde está toda la gente y pregunte por el grupo de *maquisard*. Unos cuantos hombres se presentarán a usted. Dígales de parte de Brigitte que la nariz de usted es asombrosamente grande. Ellos se reirán un poco, *Monsieur*, pero… le ayudarán a hacerse con el platino. Una pregunta: ¿estaba casado Armand Priollet? Tenía cara de estarlo, desde luego.

—Lo estaba. Tenía dos hijos.

—Me lo temía —musitó Brigitte—… ¿Será tan amable de entregarle este cheque a la viuda, *Monsieur*?

El hombre del Deuxième Bureau se quedó mirando el cheque recién firmado por él, que Brigitte le devolvía. El narigudo personaje estaba lívido ahora. Tomó de pronto el cheque.

—¿Qué le digo a la viuda sobre su regalo? —susurró.

—Dígale… que los espías nos amamos los unos a los otros. —Brigitte miró a Michel Padirac, siempre junto a ella—… Aunque los espías sean aficionados. Y dígale que, por lo menos yo, pienso que su marido era admirable.

*Monsieur* Nez asintió con la cabeza. Había ahora en su expresión una gran admiración…, y un súbito y profundo respeto. Tomó la mano de Brigitte y la besó.

—Siempre acaba usted dándome una lección —reconoció—. ¿Puedo… podré recurrir de nuevo a su gran corazón si alguna vez me encuentro en apuros… especiales?

—Mientras no me engañe, *Monsieur*, siempre me tendrá dispuesta a luchar por lo que considere justo y favorable para mis semejantes. Y ahora discúlpeme: los espías también tenemos… momentos íntimos. *Au revoir, Monsieur*.

—*Au revoir, ma chérie* Brigitte.

*Monsieur* Nez se fue en busca de su platino. Pero todavía se volvió para mirar una vez más a Brigitte Montfort, aquella inteligente, fascinante, extraordinaria mujer que tan hondos

sentimientos demostraba siempre en definitiva.

La vio alejarse abrazando y siendo abrazada por aquel apuesto muchacho llamado Michel Padirac. Debía de ser cierto que los espías también tienen sus momentos… íntimos.

# Este es el final

El beso finalizó, y Michel murmuró, con voz emocionada:

—No quiero perder la esperanza de que vuelvas… Solo has permanecido aquí tres días. Tu corazón no… no se habrá repuesto en tan poco tiempo —intentó bromear al final.

—Mi corazón está repuesto, querido —sonrió ella dulcemente—. Pero, además, ya está muy acostumbrado a las despedidas.

Michel Padirac señaló a su alrededor. Estaban los dos junto al coche que llevaría a Brigitte a Ginebra para tomar allí el avión. Y rodeando el coche, rodeando a los dos, todo el pueblo de Saint Honoré mirándolos en silencio.

—Saint Honoré y yo nunca te olvidaremos —susurró Michel.

—Así lo espero. Me gusta que me recuerden, me encanta que me quieran.

—¿No podrías… quedarte… conmigo?

—Si dijese que no te amo mentiría, y lo sabes. Si dijese que te amaré toda la vida quizá también mentiría. Un adiós a tiempo es siempre mejor que una huida a destiempo. Hasta… hasta siempre, Michel.

Lo besó en los labios, saludó a todos con la mano, y entró en el coche. El vehículo se alejó de la Plaza, saliendo de Saint Honoré por el bucólico camino, hacia la carretera número cinco.

Ya en las afueras del pueblo Brigitte pidió:

—Pare, por favor.

El conductor frenó y paró el motor.

Y entonces, en el gran silencio de la soleada mañana primaveral, se oyó fuertemente, limpiamente, el sonido potente de una campana.

Brigitte asomó la cabeza por la ventanilla y la vio girando, repicando con su nitidez sin igual, grande, brillante, sonora y canora en lo alto de su campanario. Estaba en su sitio, estaba donde

tenía que estar, vigorosa, de nuevo bruñida, bella y feliz aunque sonaba con aires de tristeza, expresando la decepción de aquel pueblecito llamado Saint Honoré por despedir a una mujer maravillosa.

—Adiós —susurró Brigitte Montfort—… Adiós, campana de Saint Honoré.

**FIN**

# Notas

[1] Véase la anterior aventura de Brigitte titulada *No tiene rival*. < <

[2] El *tegatana-ate* es un golpe de judo perteneciente al grupo *Ude-Waza*, o sea, golpes dados con las extremidades superiores. Junto con los propinados con las inferiores, están comprendidos en los llamados *Ate-Waza*, o sea, Golpes y Choques, en japonés. Otros golpes son: *Kobashi-Ate*, con los puños; *Hiji-Ate*, con el codo; *Ubisaki-Ate*, con la punta de los dedos… (Nota del Autor). < <